Cantando al Señor en la Asamblea

Contenido

INTRODUCCIÓN 2

I.- CONTRASTES ENTRE LA PRÁCTICA DEL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO *3*

Pocos pasajes, pero suficientes — La regulación de los dones — Cuando las lenguas están fuera de lugar — El Espíritu Santo y el entendimiento — Cantar corporativo

II. CANTANDO CON EL ESPÍRITU Y EL ENTENDIMIENTO *6*

Espíritu, no el Espíritu Santo — La presencia de Dios en la asamblea — Canto colectivo, no individual — La necesidad del entendimiento — La unidad del cuerpo de Cristo — La nueva forma de adoración — Como es ahora asegurada la unidad — Nuestra responsabilidad al cantar

III. —SALMOS, HIMNOS Y CANTICOS ESPIRITUALES *13*

La práctica de la iglesia primitiva — La variedad en las composiciones primitivas — Memorizando himnos — Seleccionando himnos para la asamblea

IV. —CRISTIANOS Y LOS SALMOS JUDIOS *16*

El contrastado espíritu de las dos dispensaciones — Salmos de venganza

V. —HACIENDO MELODIA EN EL CORAZÓN *19*

La poderosa influencia del corazón — Como nuestros miembros son afectados por el corazón — Melodía en el corazón— El autorizado acompañamiento del canto cristiano — Gracia en el corazón— El Señor es nuestro Director — El corazón más importante que la voz

VI. —COMENTARIOS FINALES *24*

El efecto de cantar sobre el que canta — Himnos como ayudas o estorbos — El anuncio de himnos en las reuniones — Conocimiento de los himnos — Tonos de los himnos — Negándose a unirse al canto — Himnos y poesía sagrada

EL HIMNARIO DESCUIDADO *30*

Cantando rutinariamente — Evidencia del descuido

ADORACIÓN Y ADORADORES, GUÍA Y ADVERTENCIA *33*

Aptitud moral en el adorador — Adoración individual y corporativa — Canastas vacías — Poniendo el púlpito antes de Cristo —Las almas débiles prefieren la edificación a la adoración — No hay verdadera adoración sin reverencia

Cantando al Señor en la Asamblea

INTRODUCCION

Mi querido amigo, al cantar, como realmente en todas las cosas, le conviene al cristiano buscar ser iluminado por el Espíritu y la enseñanza de la palabra de Dios. Las dos cosas serán poseídas juntas, porque el Espíritu y la Palabra son iguales, "la verdad" (Jn.5:6 y Jn. 17:17). Y esto quiere decir por tanto que no puede haber inconsistencia, mucho menos contradicción, entre los dos. La iluminación del Espíritu guarda al creyente contra la falsa interpretación; mientras la palabra escrita de Dios misma es su salvaguarda contra cualquiera pretendida revelación del Espíritu.

En ellos es dada una doble seguridad para impedir que caigamos en error. Similar consejo dio Jehová antiguamente al distraído remanente de Israel: "*a la ley y el testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque aún no les ha amanecido*" (Isa.8:20). Y sobre este principio los discípulos de Berea actuaron cuando sondearon las escrituras para ver si las cosas testificadas por el Espíritu Santo a través de los apóstoles eran así o no (Hech.17:11).

I.- CONTRASTES ENTRE LA PRÁCTICA DEL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO

Y este diligente estudio de las Escrituras en dependencia de la enseñanza del Espíritu es más necesario para nosotros a causa de la posición de libertad a la cual los creyentes han sido introducidos ahora. La ley fue una edad de tutelaje en contraste con la gracia del día actual que se caracteriza por filiación (la relación y posición de hijos). La epístola a los Gálatas insiste sobre esta distinción con gran fuerza. La diferencia entre el judío y el cristiano de ninguna manera es nominal. Ésta es la diferencia entre esclavitud y libertad, entre esclavos e hijos.

A la nación de Israel en el estado anterior de comparativa debilidad e incapacidad, Dios concedió las más plenas y minuciosas direcciones, descendiendo a las materias más comunes de su vida diaria. No sólo su modo de acercarse ante Dios fue regulado, sino que aun acerca del alimento y vestiduras ellos recibieron cuidadosa y detallada instrucción de parte de Dios mismo.

Pero en el Nuevo Testamento encontramos lo contrario de este método de instrucción. En las epístolas, las palabras características de las palabras de la ley, fueron: "tú no" y "no", están claramente ausentes. En lugar de una lista de comidas limpias e inmundas, encontramos un principio general establecido que el creyente debe aplicar a cada caso que se presente: "*ya sea que comáis o bebáis, o lo que sea que hagáis, hacedlo para la gloria de Dios*" (1ª Cor. 10:31). Debido a que el cristiano tiene "*la mente de Cristo*" (1ª Cor.2:16) y ha recibido "*no el espíritu de temor, sino de poder, amor y sano juicio*" (2ª Tim.1:7), él es llamado a juzgar por la palabra si tal o cual cosa sería para la gloria de Dios o no, y actuar de acuerdo con ello.

De allí el cuidado con que la Escritura debe ser investigada y el juicio propio ejercido, para que nuestra carne en lugar de nuestro espíritu juzgue en las cosas de Dios.

Pocos pasajes pero suficientes

A la luz de estas consideraciones preliminares permítanme dirigir su atención a los pasajes del Nuevo Testamento que se relacionan con el tema a nuestra mano. De lo que se ha dicho no será complicado para ustedes encontrar que las referencias con el canto son pocas y breves. Tampoco la escasez y la brevedad de tales pasajes proveerán para ustedes algún argumento para la importancia del tema; ya que aun tales importantes materias como el bautismo, la cena del Señor, el día del Señor etc., no son presentados con alguna extensión o frecuencia. La verdad es que en acuerdo con la práctica del Nuevo Testamento unas pocas sentencias sobre el sujeto de cantar son presentadas que derraman abundante y suficiente luz sobre cada fase del tema que puede presentarse.

El pasaje en 1ª Cor. 14:15, "*cantaré con el espíritu, pero cantaré también con mi entendimiento*", establece un simple pero fundamental principio que es de toda importancia considerar —la cuestión de cantar. Del contexto es aparente que este texto, mientras tiene un alcance sobre el cantar del cristiano bajo algunas circunstancias, es introducido por el apóstol especialmente en conexión con el cantar en la asamblea.

La regulación de los dones

En este capítulo 14 el apóstol muestra los principios que regulan las variadas operaciones del Espíritu en el ejercicio de dones en la asamblea. En un capítulo anterior (12) se hace claro que el Espíritu Santo es la única fuente de poder en la asamblea. Los dones son allí mostrados bajo la dirección del Señor por el Espíritu. El cabeza de la iglesia arriba otorga los dones (Efes.4); el Espíritu Santo aquí abajo hace uso de ellos como Él quiere. "*A uno es dado por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro la palabra de conocimiento por el mismo Espíritu; a otro fe por el mismo Espíritu… pero todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno como Él quiere*" (1ª Cor.12:8-11). De este modo los santos son dependientes del Espíritu por poder para que sus dones puedan ser puestos en práctico y eficiente uso.

Ahora, en el capítulo ante nosotros la manera u ocasión del ejercicio de estos dones se nos muestra. Hay un tiempo justo para todas las cosas; y hay una manera propia en la cual todo debe ser hecho. Ciertamente los dones espirituales debiesen ser ejercitados en debido tiempo y en una manera conveniente. Sobre este encabezado por tanto el apóstol instruye a los santos.

Cuando las lenguas están fuera de lugar

Parece que había en Corinto quienes habían recibido los dones de lenguas. Ellos fueron capacitados por el poder del Espíritu para hablar lenguas desconocidas. Y tales personas eran responsables de usar este don en el tiempo adecuado. Pero encontramos que ellos se valieron de la reunión de los santos para desplegar sus maravillosos dones —con no poca vanidad, como podemos suponerlo. Ahora, esto estaba errado. Era claro que expresiones en una lengua extraña no podían beneficiar a la asamblea excepto éstas fuesen interpretadas. Además, las lenguas habían sido dadas "*como señal, no para los que creen, sino para los incrédulos*" (1ª Cor.14:22). De manera que era algo completamente impropio usar este don en la asamblea excepto ellas fuesen interpretadas (1ª Cor.14:27). En otras palabras, si el Espíritu hacía uso del don de lenguas, Él inmediatamente utilizaría el don de interpretación, ya que la edificación de los santos era como el "todo", es un principio cardinal que siempre gobierna la ministración del Espíritu.

Esta verdad, estando sobre la superficie del capítulo, es de gran importancia. Es

manifiesto que la mera posesión de un don no presenta suficiente razón para su indiscriminado ejercicio. Y la regla es que todas las cosas deben hacerse para edificación, de otra manera la confusión será el resultado, lo que no es de Dios (1ª Cor.14:33).

El Espíritu Santo y el entendimiento

Debe tenerse en mente que el Espíritu obra en conjunción con el entendimiento —es decir, con la comprensión (1) de aquel que habla y (2) de aquellos que escuchan. Y ésta es la consideración final, especialmente presenta una guía útil para el ejercicio de los dones espirituales en la asamblea.

El Espíritu guiaría a la bendición no de sólo un individuo, sino de cada individuo presente. Este principio es enunciado por el apóstol para mostrar que profetizar es más apropiado en la asamblea que hablar en lenguas. Porque "*el que habla en una lengua se edifica a sí mismo; pero el que profetiza edifica a la iglesia*" (1ª Cor.16:4).

Aquí entonces tenemos una regla simple y clara que tiene su aplicación para el uso práctico de los dones del Espíritu. Cada operación del Espíritu de Dios en la asamblea tiene en vista la edificación de los santos en su capacidad corporativa, y éste debe ser el criterio de cada palabra expresada en la asamblea; como se dice, "*Así también vosotros; pues que anheláis dones espirituales, procurad abundar en ellos para edificación de la iglesia*" (1ª Cor.14:12).

El apóstol no niega que las lenguas eran un don del Espíritu, pero no admitiría impulsar su uso en las reuniones de los santos para edificación sin interpretación. Las lenguas fueron dadas como un testimonio para los incrédulos, y no podían edificar a la asamblea en fe por la simple razón que no satisfacía el entendimiento. Suponiendo que uno oraba en una lengua desconocida, es claro que allí no podía haber comunión. El que hablaba podía estar orando con el espíritu (la nueva naturaleza), pero su entendimiento quedaba sin fruto (1ª Cor.14:14), por tanto, su oración no era conforme al pensamiento del Espíritu. En cuanto a sí mismo, el apóstol dice, "*oraré con el espíritu y oraré con el entendimiento; cantaré con el espíritu y cantaré con el entendimiento*". Y un principio similar es aplicado para el bendecir, dar gracias y enseñar (v.16-19).

Cada operación en la asamblea entonces sería capaz de ser comprendida y ser tal que el santo más simple pueda ser capaz de decir, Amén. En resumen, la comunión entre uno que habla y aquellos que escuchan es la regla impuesta.

Cantar corporativo

Ahora, de este superficial examen de los primeros versículos del capítulo 14, parece que el cantar, es uno de los ejemplos aducidos por los apóstoles

juntamente con orar y bendecir para mostrar que la inteligente cooperación de todos los santos caracteriza el verdadero obrar del Espíritu de Dios en la asamblea. Cantar en esta forma corporativa es la expresión de los corazones de todos a Dios como siendo uno. Sin una naturaleza espiritual los santos no pueden cantar a Dios. Sin un entendimiento espiritual ellos no pueden cantar en comunión los unos con los otros. Por tanto, cuando reunidos, debemos cantar con el espíritu y también con el entendimiento.

En el futuro, si Dios lo permite, podremos considerar como las verdades de arriba se aplican en una forma práctica en la asamblea, a la que los comentarios anteriores pueden servir en forma de introducción.

II. CANTANDO CON EL ESPÍRITU Y EL ENTENDIMIENTO

"¿Qué, pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento" (1ª Cor.14:15)

En mi última carta señalé que, de acuerdo con 1ª Cor.14:15, cantar, en la asamblea debiese ser con el espíritu y también con el entendimiento. Y como esta dirección particular está basada sobre el principio general con relación a las materias de la asamblea impuestas a través de todo ese capítulo, puede ser útil en esta ocasión considerar el mandato más de cerca que antes.

Espíritu, no el Espíritu Santo

Una cuidadosa lectura del contexto de nuestro pasaje, pienso, indicará que la palabra "espíritu" se refiere a la nueva naturaleza —a la que "*es nacida del Espíritu*" (Jn.3:6) — más bien que al Espíritu Santo mismo. Previamente, en 1ª Cor. 12:3-11, donde el origen y energía de los dones en la asamblea son el tema, el Espíritu Santo es adecuadamente presentado como Aquel que soberanamente los mueve a todos. Pero en este capítulo tenemos la responsabilidad del creyente que posee un don o dones; y entonces la capacidad con la cual él está dotado desde su nuevo nacimiento es puesta en prominencia —esa capacidad dada divinamente lo capacita a participar de las cosas espirituales (1ª Cor.2.12).

De este modo, el apóstol declara que uno hablando en una lengua puede hablar misterios "*en (el) espíritu*" (v.2). Podemos orar, cantar, y bendecir "*en (el) espíritu*" (v.15-16). Y que el Espíritu Santo no es pensado en estos pasajes es claro por el v.32, donde leemos, "*los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas*". No podría decirse que el Espíritu Santo estuviese sujeto a los profetas. Pero era necesario recordar a estos acostumbrados, como los corintios, a las frenéticas

extravagancias de los oráculos Délficos u otros oráculos paganos, que la profecía en la asamblea no era un impulso incontrolable que actuaba aparte de la responsabilidad de aquel que profetizaba. Por el contrario, el espíritu del profeta estaba sujeto a él, y él era, por tanto, responsable de actuar en una madera ordenada para la edificación y consuelo de toda la asamblea.

Estos comentarios no son designados de ninguna manera para debilitar, muchos menos ignorar, el igualmente importante hecho de que el Espíritu Santo, el paracleto divino, suple el poder para toda acción en la asamblea. Esto, realmente, se declara ante todo a los corintios, como ya se ha notado, "*todos estos (dones) los obra uno y el mismo Espíritu*" (1ª Cor.12:11).

Pero es claro que en esta asamblea muchos de los santos habían permitido ser arrastrados con excitamientos, y habían estado satisfaciéndose a sí mismos en el ejercicio indiscriminado y desenfrenado de sus dones. Entonces el apóstol impone su responsabilidad individual para este exagerado despliegue.

Antinomianismo en cosas espirituales es tan reprensible como antinomianismo en cosas morales. Sujeción a Dios en todas las cosas es adecuada y justa. Es verdad que soy salvado sólo por gracia; pero esto no da razones para no controlar mi cuerpo; ésta es mi responsabilidad. Es también verdadero que el Espíritu Santo es el sólo poder efectivo para adoración y ministerio en la asamblea; pero esto no da ninguna razón para no controlar mi espíritu y mi boca, ni para no juzgar cada acción emprendida por la palabra de Dios. Realmente soy responsable de hacer esto.

La presencia de Dios en la asamblea

Nada tiene un más soberano efecto sobre el espíritu humano que el sentido de tener que hacer con Dios. En sí mismo esto es suficiente para contener los caprichos y extravagancias de la voluntad y sentimientos del hombre. Se admite que en la epístola que la asamblea en Corinto comprendía que Dios estaba presente entre ellos. Aun un extranjero reconocería esto durante el ejercicio del don profético (1ª Cor.14:24-25).

Mientras este reconocimiento de la presencia de Dios sería verdadero de toda la asamblea y probado por una conducta decorosa divina, era especialmente necesario en el caso de aquellos que tomaban parte audible en las reuniones. Que sus espíritus estuviesen conscientemente ante el Supremo controlador de la asamblea. Donde había alguna actividad, el apóstol supone que el espíritu del creyente estaba en ejercicio, al hablar misterios, orar, cantar, dar gracias, o profetizar. Y si así, Dios, el principal objeto de toda acción en la asamblea, estaría conscientemente ante el espíritu de aquel que hablase.

Porque debe recordarse que el espíritu, en contraste con su carne (Jn.3:6), dado al creyente en su nueva creación lo capacita por el Espíritu Santo para tener comunión con el Padre y con el Hijo, como el espíritu de vida de Jehová concedió

en el comienzo constituyó al hombre no sólo en un ser inteligente, sino en uno responsable en su alma hacia su Creador (Gén.2:7).

Cantando a Dios

Como todo lo que se hace en la asamblea debe ser para Dios, el cántico colectivo de los santos debe ser necesariamente para Él. En vista a que un cántico expresado por todos los reunidos pueda ser "con el espíritu", cada individuo debe cantar "con el espíritu". Es cierto que sólo la alabanza espiritual es aceptable a Dios; porque Él es Espíritu, y los que le adoran en espíritu y en verdad es necesario que adoren (Jn.4:24).

Tal pensamiento es verdaderamente una solemne advertencia contra la intrusión de alguna cosa carnal dentro de lo que es ofrecido a Dios, pero esto no debe engendrar un espíritu de esclavitud. Porque el espíritu dentro de nosotros es una fuente de agua que brota. Su constante tendencia es hacia Dios, y esto es mantenido por el Espíritu Santo que mora en el creyente. Sin embargo, es muy peligroso para alguno negar el peligro que sin vigilancia y cuidado al cantar puede degenerar en un mero ejercicio vocal aparte de nuestro corazón y espíritu (no digo acompañando, sino) impulsando y dirigiendo. Contra tal serio error de practica haremos bien en estar atentos continuamente.

Canto colectivo, no individual

En la asamblea, cantar no es simplemente un ejercicio personal entre el alma del creyente individual y su Dios. Esto abarca eso, pero debe incluir algo más; porque no hay tal cosa como aislación en la adoración de la asamblea.

La expresión del canto debería ascender como un armonioso todo colectivo —una alabanza colectiva para Dios no está compuesta de cien cantos cantados por cien personas al mismo tiempo; sino que es un canto cantado por cien personas con acuerdo expresando al Señor el tema que está sobre sus corazones y pensamientos de todos ellos.

La necesidad del entendimiento

Es porque la asamblea en su plenitud debe cantar a Dios que el canto también debe ser una función de cada entendimiento renovado, "*cantaré con el espíritu, y cantare también con el entendimiento*". La cooperación es esencial. Individualmente, es posible dirigirse al Señor en oración o alabanza sin usar la voz, como Ana hablaba en su corazón al Señor (1ª Sam.1); y así lo hizo también Nehemías (Neh.2:4). Pero claramente esta alabanza o la oración expresada así, no puede tener comunión por parte de otros.

Porque si el espíritu es el eslabón con Dios, el entendimiento es el eslabón del

uno con el otro; entonces por su medio hay comunicación con los otros por las palabras expresadas en voz alta; los pensamientos de toda la compañía están de este modo ocupados con una y la misma cosa, y ellos son por tanto capaces con un pensamiento y boca de "*glorificar a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo*" (Rom.15:6).

El alcance de este versículo (1ª Cor.14:15) sobre el canto colectivo ha sido cuestionado. Se dice que esto significa que yo mismo (el que canta) comprenderé lo que estoy cantando, y no expresaré palabras que son sin significado para mí, semejantes a palabras en una lengua desconocida. Esta interpretación es verdadera, pero no es toda la verdad comunicada. Una aplicación individual sólo haría el argumento del apóstol sin cohesión y fuerza.

¿Qué tiene Pablo ante sí en el contexto? Él está censurando a los corintios por hablar en la asamblea de modo que otros eran incapaces de comprender lo que se decía. Él los exhorta a tener consideración por los otros presentes de manera a ser comprendidos por todos, para que todos pudiesen tener comunión. La responsabilidad de hacer esto era personal; por tanto, el apóstol se presenta a sí mismo como un ejemplo, y habla de sí mismo como un miembro del cuerpo de Cristo, "*oraré*…*cantaré*…". Se aplica a cada uno de igual modo, como lo hacía a Pablo mismo.

Por tanto, el apóstol está estableciendo lo que es aplicable a todos los que componen la asamblea. El cantar y orar debiese ser de tal forma que no sólo yo (el individuo, quienquiera que sea) pueda comprender lo que estoy diciendo, sino que los hermanos pueden unirse inteligentemente con espíritu y entendimiento, y de este modo ofrecer canto u oraciones unidas a Dios.

La unidad del cuerpo de Cristo

Unidad de acción al cantar y otras materias forman un rasgo característico de la asamblea de Dios. La nación de Israel poseía una unidad comparada con las naciones gentiles; ésta era una unidad que en sí misma estaba compuesta de otras doce unidades, ya que cada una de sus tribus tenía una organización propia y completa en este respecto. La unidad nacional de Israel era representada sobre la mesa del pan de la presencia por medio de los doce panes, mientras de la iglesia de Cristo se dice que es un pan, un cuerpo (1ª Cor.10:17). Esta unidad no es sólo un mero ideal, sino que debe ser expresada en toda acción de asamblea, tal como el partimiento del pan, disciplina, oración y en el cantar.

El canto devocional del pueblo de Israel no era de esta naturaleza, pero, como las otras ramas de su ritual, éste era cumplido por delegados. Una sección de la tribu de Levi fue señalada en el servicio del canto (1ª Crón.6:31). Estos eran especialmente instruidos en los cantos de Jehová, es decir, en el libro de los Salmos (1ª Crón.25:7). De manera que la nación sólo cantaba representativamente. Un ejemplo de la dependencia del pueblo de los levitas ocurrió en los días de Nehemías. "*Para la dedicación del muro de Jerusalén,*

buscaron a los levitas de todos sus lugares para traerlos a Jerusalén, para hacer la dedicación y la fiesta con alabanzas y con cánticos, con címbalos, salterios y cítaras" (Neh.12:27).

La unidad nacional de Israel respecto a este servicio hacia Jehová fue desplegada principalmente por las ceremonias corales que se realizaban en su favor por los cantores levitas e instrumentalistas. Leemos de tal despliegue de unidad en alabanza a favor de la nación en la dedicación del templo de Salomón. "*Cuando sonaban, pues, las trompetas, y cantaban todos a una, para alabar y dar gracias a Jehová: y a medida que alzaban la voz con trompetas y címbalos y otros instrumentos de música, y alababan a Jehová, diciendo: Porque Él es bueno, porque Su misericordia es para siempre: entonces la casa se llenó de una nube, la casa de Jehová. 5:14 Y no podían los sacerdotes estar allí para ministrar, por causa de la nube; porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Dios*" (2ª Crón.5:13-14).

La nueva forma de adoración

Esta atribución de alabanza a Jehová en Su templo estaba en perfecto acuerdo con la forma externa y simbólica de adoración dada a los hombres en la edad de la ley. Pero ahora el creyente tiene una nueva y diferente forma de adoración, como el mismo Señor lo ha declarado a la mujer de Samaria —"*adoran en espíritu y verdad*" (Jn.4:24). Esta adoración no es una mejora de la antigua, sino un contraste. Las sombras han pasado; ahora tenemos la sustancia. En lugar del tipo, poseemos el anti-tipo. Lo visible ahora es reemplazado por lo invisible, lo terrenal por lo celestial, lo natural por lo espiritual. Entonces pensamientos y sentimientos interiores por parte de los adoradores toman el lugar de una rígida exactitud en el cumplimiento externo de una ceremonia señalada por entrenados delegados.

Como es ahora asegurada la unidad

En el antiguo ritual de alabanza, unidad en la adoración de Jehová fue asegurada por el acto habitualmente cumplido en una manera prescrita por una clase profesional en la nación, la tribu de Leví. Hoy, sin embargo, la unidad en la alabanza es producida por el Espíritu de Dios, quien, si no es estorbado, anima y llena cada mente y corazón en la asamblea con la misma verdad y emoción.

El contraste entre las dos dispensaciones en este particular es muy sorprendente. Sabemos que, en los cinco libros de los Salmos, los israelitas poseían una serie de cánticos inspirados para los servicios del templo, a menudo prefaceados por inspiradas instrucciones concernientes al carácter del salmo, y en la manera en que éste debía cantarse ante el Señor. Y en vista a que el prescrito ceremonial pudiese ser debidamente observado en cada caso, un número de levitas fueron señalados para asistir a esto.

Observe ahora el contraste en el proceder del Nuevo Testamento. No tenemos himnario inspirado; es cierto que los salmos judíos no fueron escritos para adoración cristiana. No tenemos mucho como una palabra concerniente a la formación de un coro entrenado para asegurar el eficiente canto en las asambleas. En los escritos de los apóstoles, somos incapaces de descubrir una sola sílaba con relación a la provisión de acompañamientos instrumentales de alguna forma.

Pero en las epístolas se nos instruye cuidadosamente con relación a la efectiva purificación de la conciencia del creyente, y su haber sido dotado con una nueva naturaleza, mientras es asegurado de su aptitud para acercarse a Dios como un adorador y para ofrecer alabanza aceptable para Él. No una sección ni una selección de creyentes, sino que cada uno en la asamblea está ahora plenamente calificado para ser un cantor para Dios por medio de la obra de Cristo en su favor y la obra del Espíritu Santo en él.

Nuestra responsabilidad al cantar

Mientras poseemos estas calificaciones a causa del estatus que la gracia nos ha dado, una seria responsabilidad descansa sobre nosotros en la actual práctica de cantar con el espíritu y con el entendimiento. En otras palabras, nunca debemos olvidar que al cantar nos dirigimos a Dios, tampoco que lo hacemos en concierto y acuerdo con todos los hermanos congregados.

Estas consideraciones, cuando son seriamente pesadas, están calculadas en sí mismas para ejercer gran influencia espiritual sobre el carácter del cantar en la asamblea. ¿Qué inducirá sentimientos de adecuada seriedad y reverencia semejante a un sentido sobre los espíritus de todos, de la inmediata presencia en medio del mismo Señor?

Tomemos un ejemplo. Suponga que un himno fuese cantado como aquel de H. Ware, comenzando:

"Creador de tierra y cielo,
cuyo brazo sostiene la creación,
A Ti elevamos la voz de alabanza,
y nos inclinamos en adoración".

Supondremos además que este himno es entonces cantado en un tono conveniente y expresivo por profesionales vocalistas, y que es acompañado por cuerdas de instrumentos musicales. El juicio de artistas oyentes puede ser que el resultado sea igual a la más elevada concepción de una ejecución sagrada musical.

Pero cuando consideramos el esfuerzo como significando ser adoración a Dios, el caso cambia. ¿Cuál es la voluntad de Dios en la materia? De acuerdo con Juan 4, esto no es lo que el Padre está buscando. ¿Qué parte tiene el espíritu y la verdad

en el cántico? En días anteriores, Dios reconoció el talento musical en la adoración terrenal de un pueblo terrenal; pero ahora busca la adoración del espíritu de acuerdo con la verdad del evangelio. Y mientras muy pocos de los hijos de Dios podrían estar calificados para lo primero, todos lo están para lo último.

Puede ser que en el himno cantado el Señor Jesús mismo es directamente dirigido, y si Él, que una vez fue crucificado y está ahora glorificado, está personalmente ante el espíritu, los sentimientos que se deben a Él serán enseguida despertados. Tal emoción en los adoradores es inseparable del cantar con el espíritu, y presenta ese incienso de alabanza que es aceptable en lo alto.

Además, cuando tales himnos son cantados en la asamblea en el momento justo y adecuado, ellos forman la expresión común de todos los presentes al Señor. La gloria de Dios, la muerte de Cristo, Su posterior exaltación, son verdades en las cuales los creyentes más débiles son instruidos; de manera que a través del entendimiento espiritual que cada uno ha recibido, todos son capaces de unirse inteligentemente en la atribución de alabanza y adoración. Hay consecuentemente un canto cantado con el espíritu y el entendimiento.

Haré un comentario más antes de terminar esta sección. La escritura ante nosotros habla claramente de cantar. Por tanto, las voces como los corazones deben estar en acuerdo. Y para que esta armonía pueda ser alcanzada, un tono simple y familiar se encomienda como muy deseable para el uso de la asamblea.

Porque cantar en asamblea no es la oportunidad para desplegar la capacidad de alguna voz humana para producir extraordinarios efectos musicales; pero éste es el medio de una conveniente expresión de las alabanzas al Señor por parte de Sus redimidos. Por tanto, los tonos no familiares y difíciles debiesen ser evitados, porque estos no contribuyen a la comunión de los santos; mientras deseos extremados por la melodía de un mero sonido en la asamblea es un virtual abandono de la posición cristiana y es repugnante a cada alma fiel. ¡Y cuán desagradable a nuestro Dios y Padre!

III. —SALMOS, HIMNOS Y CANTICOS ESPIRITUALES

Su pregunta en cuanto a la autoridad dada en el Nuevo Testamento para el uso de un himnario en las modernas asambleas cristianas de ninguna manera es algo nuevo, y ésta a menudo ha sido respondida satisfactoriamente. Pero puede ser provechoso referirse nuevamente a esta autoridad, debido a que la costumbre de probar todas nuestras prácticas por la palabra de Dios es una que nunca puede ser sin valor para nosotros.

La práctica de la iglesia primitiva

Es cierto que en días de los apóstoles himnos eran usados por los santos. El hecho es claro por el Nuevo Testamento, y evidente por las citaciones que siguen. Aprendemos que: (1) los santos son exhortados a hacer uso de tales composiciones, y (2) que en ciertos lugares tales como Filipo y Corinto estos eran actualmente cantados.

Observe (1) las siguientes exhortaciones: "*hablando entre vosotros con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y haciendo melodía en vuestros corazones al Señor*", "*enseñándoos y exhortándoos los unos a los otros con salmos, himnos, y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor*"; "*¿Está alguno alegre? Cante salmos*" (Efes. 5:19; Col. 3:16 y Stgo. 5:13). Ya que los creyentes han sido de este modo exhortados a hacer uso de himnos, estos deben haber estado en posesión de ellos.

Observe (2) que los actuales ejemplos presentados de esta práctica. "*A medianoche en la prisión de Filipo, Pablo y Silas estaban orando y cantando himnos a Dios, y los prisioneros los escuchaban*" (Hech. 16:25). En Corinto era la costumbre de los santos cantar cuando se reunían porque el apóstol corrige su desorden en esta materia. Él escribe, "*¿Cómo, entonces, hermanos? Cuando os reunís cada uno tiene un salmo… hágase todo para edificación*". Su reprensión fue dada debido a la confusión que se estaba produciendo en la asamblea a causa del ejercicio de la voluntad propia por parte de algunos, y de no cantar con el espíritu (1ª Cor. 14:15, 26).

Ciertamente para la mente sujeta a la escritura nada necesita añadirse a la citación de estos pasajes para probar que los primeros santos tenían la costumbre habitual de cantar alabanzas al Señor. Precepto y práctica se unen en un claro testimonio a este efecto.

La variedad en las composiciones primitivas

La frase, "salmos, himnos y cánticos espirituales", indica que las composiciones

conocidas y cantadas por la asamblea al comienzo del cristianismo eran variadas en carácter, aunque por supuesto, de igual valor al expresar el pensamiento y sentimiento colectivo de los santos en diferentes tiempos.

Es sin embargo difícil determinar la exacta definición de cada uno de estos tres términos, o aun señalar con certeza sus características sobresalientes respectivamente. Generalmente, puede decirse que un salmo habría sido una elevada dirección o una dignificada invocación a Dios; un himno brota en el corazón en alabanza y acción de gracias; mientras un cántico estaba basado sobre una comprensión inteligente del pensamiento de Dios, posiblemente compartiendo de un carácter didáctico, como también introduciendo la experiencia práctica en los caminos de Dios. No obstante, verdadera esta distinción pueda ser, es cierto que el Espíritu Santo guio a los santos para expresar las variadas emociones de sus corazones hacia Dios por salmo, himno o cántico, como era más conveniente a la ocasión.

Las composiciones entonces usadas no han sido preservadas entre los escritos del Nuevo Testamento, su ausencia presenta un sorprendente contraste con la antigua economía. Los "salmos" formaban una de las tres divisiones del Antiguo Testamento, "*la ley de Moisés, los profetas y los salmos*" (Lc.24:44). Pero mientras el israelita poseía una salmodia inspirada, el cristiano posee el Espíritu Santo por quien el libro de los Salmos fue inspirado (2ª Sam. y Hech.1:16). Aquel que vino sobre el dulce cantor de Israel intermitentemente permanece con el cristiano continuamente de acuerdo con la promesa del Señor Jesús (Jn.14:16-17). Y Él aún permanece para guiar los corazones y mentes de los santos a esa forma de adoración que el Padre está buscando. De manera que cada esfuerzo por limitar los ejercicios de la oración y la alabanza a ciertas expresiones estereotipadas es una virtual afrenta a la soberanía del siempre presente Espíritu de Dios.

Memorizando himnos

En la iglesia primitiva había indudablemente aquellos dotados para componer himnos cristianos convenientes para cantar en la asamblea. Si estos himnos fueron coleccionados y cómo circularon entre los santos son, como preguntas semejantes, tales cosas tienen un elemento más de curiosidad que de valor práctico. Sin duda la memoria fue usada más que en días modernos, cuando la multiplicación y extensión de copias impresas es una simple materia. Como sea, observamos que Pablo y Silas en la oscuridad de la medianoche en el calabozo en Filipo, no sólo estaban orando, sino que cantaban a gran voz, como podían testificar sus compañeros prisioneros. Es altamente probable, por tanto, que ellos conocían sus himnos de corazón.

Y uno no puede refrenarse de añadir aquí que haremos bien si damos atención al ejemplo de los apóstoles en este particular. Familiaridad con el versículo sagrado es, como lo veremos, reconocido en las Escrituras como un medio de

confort e instrucción. Escribir himnos es tanto el ejercicio de don en la asamblea como exposición y exhortación, y debe ser reconocido como tal. No que la autoría de himnos esté de alguna forma limitada a pastores, maestros o evangelistas. Pero un buen himno, compuesto por quien sea, debe ser distinguido por su aplicación de las verdades de la escritura a las emociones y necesidades de la naturaleza espiritual, y por tanto debe ser declaradamente del Espíritu Santo; y como tal debe ser reconocido, valorado y amado por todos.

Si así, ¿Por qué no debería ser encomendado a la memoria? ¿Por qué los santos serían incapaces de cantar himnos que aman excepto tengan sus himnarios ante sus ojos? ¿Esperaba Santiago que el hermano que estaba alegre esperara hasta encontrar su himnario antes de cantar su "salmo"? Si éste hubiese sido el caso, es casi cierto que su espíritu de alegría habría disminuido considerablemente, sino desaparecido, antes de que encontrase su himnario.

Seleccionando himnos para la asamblea

Si no hay himnos inspirados preservados en las Escrituras para uso en las asambleas de los santos, ¿Qué debe guiar a los creyentes en su elección, viendo que hay miles de himnos disponibles sólo en la lengua inglesa? Inevitablemente debe hacerse una selección; y se levanta la pregunta acerca de qué principios deben gobernar esta selección. La amplia pregunta, sin embargo, va fuera del principal tema de este folleto, que es el cantar más bien que la selección de himnos, y su consideración, por tanto, debe ser pospuesta.

Pero el siguiente comentario puede ser útil para aquellos que como individuos tienen consultas acerca de la materia de cantar himnos a Dios. Hay sólo un infalible criterio por el cual juzgar lo que debería o no ser cantado a Dios. Y el criterio es la Escritura de verdad. No puede insistirse demasiado sobre eso, de acuerdo con la propia enseñanza del Señor, que el Padre busca que ese acto como también otra forma de adoración sea "en verdad". El entendimiento espiritual es iluminado para que pueda ofrecer alabanza inteligente. De manera que cuando un himno es propuesto para cantar, sus sentimientos y expresiones debiesen ser cuidadosamente comparados con la enseñanza de la palabra de Dios, no por supuesto en un espíritu de crítica, sino en el temor del Señor.

Porque no debe pasarse por alto que existe una amplia diferencia entre leer un himno y cantar en privado, y cantar lo mismo al Señor, ya sea en devoción en el hogar o en la asamblea. Al leer un himno para nosotros mismos lo vemos como la producción de cierto autor, y tratamos de discernir su belleza y exactitud. Pero al cantarlo al Señor, hacemos sus expresiones nuestras; entonces es de absoluta importancia que en lo posible estas expresiones estén en estricto acuerdo con las Escrituras que es el único estándar de verdad. ¿Cómo nos justificaríamos ante el Señor por no cantarle lo que sabemos, o aun lo que deberíamos saber, es contrario a la clara enseñanza de Su palabra?

IV. —CRISTIANOS Y LOS SALMOS JUDIOS

Como el término "salmos" ha sido citado más de una vez, una pocas palabras adicionales sobre el uso del salterio judío en la adoración de las asambleas cristianas parece necesario. La referencia aquí es a la adopción de los Salmos del Antiguo Testamento como un todo, y no a versos ocasionales, como, "*Dios es nuestro recurso y fortaleza, una muy presente ayuda en la tribulación*". La indiscriminada apropiación de estos cantos inspirados, sin embargo, es una práctica bien conocida. Y es verdaderamente lamentable que los santos cierren sus ojos completamente a la verdadera naturaleza del llamamiento cristiano y su esperanza como establecida en el Nuevo Testamento, y adopten como la expresión de sus propios corazones, palabras y sentimientos que son absolutamente incongruentes con su peculiar estatus ante Dios.

Debe admitirse por todos que el libro de los Salmos formó parte integral de la religión de Israel, como establecida en los días del Antiguo Testamento, pero ahora desplazada. Y si los sacrificios del tabernáculo y el templo han sido substituidos, ¿No lo serán sus cánticos también? Si la circuncisión es subversiva del Cristianismo (Gál.4), ¿Podemos sin pérdida de nuestros privilegios especiales importar la salmodia de los circuncisos dentro de la adoración cristiana? Hacer así es de hecho un retroceso de la gracia a la ley.

El contrastado espíritu de las dos dispensaciones

Ya se ha hecho alusión al agudamente definido contraste entre la enseñanza del Antiguo Testamento y la del Nuevo Testamento sobre el tema de la adoración. Enumerar todos los puntos de distinción entre los dos sistemas como un todo sería demasiado extensa tarea para la actual ocasión. Por obvias razones sólo uno o dos comentarios bastarán.

Se reconocerá rápidamente que los Salmos están completamente imbuidos con esperanzas y promesas de libertad terrenal y nacional que envolverán la subyugación y absoluta destrucción de los enemigos de Israel. Esta libertad debe ser efectuada por la gloriosa venida del Mesías Príncipe cuyo poder juzgará y destruirá a las naciones oponentes, y exaltará a Israel a un lugar de supremo honor y bendición sobre la tierra.

Por tanto, justicia y no gracia, esperanza y no fe, futura y no presente bendición, vaga confianza sino plana seguridad, son principios prevalentes que llenan estos cánticos a Jehová. Además, la bendición de los gentiles en el reino futuro es invariablemente mostrada como estando subordinados a Israel, considerando que en la iglesia de Cristo tenemos la unidad del Espíritu que borra completamente todas las distinciones nacionales (Gál.3:28) y hace al creyente judío y gentil uno en Cristo Jesús.

De manera que los puntos de contraste son tan grandes y de tal importancia que las alabanzas judías no son adecuadas expresiones de la verdad cristiana o convenientes en algún grado al llamamiento cristiano. El uso propio y pleno en adoración del antiguo libro de alabanzas queda para "ese día" cuando todo Israel sea salvo.

Por supuesto, mientras hay mucho que es peculiar a Israel, y que el cristiano no puede inteligentemente, ni con una buena conciencia, tomar en sus labios para cantar a Dios, hay, sin embargo, muchas porciones que tienen una referencia común a creyentes, ya sea judíos o gentiles. El trasfondo de piedad y devoción que existe allí es para el beneficio de los creyentes de hoy, realmente, nos beneficiará, no menos sino más, cuando comprendemos la verdadera relación de los adoradores israelitas para quienes estos cánticos fueron provistos por Dios mismo.

Salmos de venganza

El Nuevo Testamento será nuestro guía en cuanto a lo que en el Antiguo Testamento es conveniente o de otra manera para nuestra apropiación. Por ejemplo, estamos autorizados claramente por la citación del apóstol inspirado a adoptar las palabras del salmista, y decir, "*El Señor es mi ayudador, no temeré lo que el hombre pueda hacerme*" (Heb.13:6 y Sal.108:7). ¿Pero cómo puede el cristiano que es exhortado a orar por sus enemigos y devolverles el mal con bien como lo hizo su Maestro, adoptar tal lenguaje vengativo como el que encontramos en otro salmo: "*La muerte caiga sobre ellos, y desciendan vivos al Seol; porque la maldad está en sus moradas y entre ellos*"? (Sal.55:15).

Y este pasaje de ninguna manera es un ejemplo aislado en el libro de los salmos. Muchos pasajes a través de todo son completamente inconvenientes para los labios del adorador cristiano, aunque propios para la dispensación a la cual ellos pertenecen. De los siguientes pasajes los siguientes pueden ser referidos como nuevos ejemplos:

Salmos 2:9; 3:7; 6:10; 7; 9:3, 15; 10:15-18; 11:6; 18:47-48; 21:9; 28:4; 34:16, 21; 35; 37:2, 9, 20; 40:14-15; 48; 52:5; 54:5; 58; 59; 60; 66:3; 68:2; 69:22-28; 70; 71:1-13; 72:4; 74; 75:8; 79; 92:9; 97:3; 101:8; 109; 112:8, 10; 132:18; 139:19; 143:12; 144: 11; 149:6-9.-

Una consideración de estos y similares pasajes muestra conclusivamente que los Salmos de David y otros no pueden ser consistentemente usados en devoción cristiana, ya que contienen, mucho que es opuesto al espíritu de gracia. Esto también mostrará que el siguiente comentario, típico de muchas otras citaciones de la literatura cristiana, que podrían hacerse, es realmente antagonista a la verdad del Nuevo Testamento, aunque es un sentimiento que prevalece en la

cristiandad.

«Ciertamente de todos los libros del salterio inspirado éste ordena nuestra elección como un manual de devoción. Estos cánticos corales de Israel, especialmente cuando acompañados con su apropiada música, están bien adaptados para llevar en ejecución el mandato del apóstol, si realmente este himnario inspirado no es, como algunos suponen, el objeto directo tenido aquí en vista, "*hablando entre vosotros con salmos, himnos, y cánticos espirituales, cantando y haciendo melodía en vuestros corazones al Señor*" (Efes.5:19)».

Es completa confusión exegética asumir, como lo hace este comentador, y como muchos otros, que el término, "salmos" cuando se usa en el Nuevo Testamento, tiene una referencia exclusiva a ese libro incluido en el canon del Antiguo Testamento. Y esta confusión de pensamiento se levanta principalmente de un fracaso en reconocer la completa diferente relación en la cual estaba el judío de aquella dispensación y aquella en la cual se encuentra el creyente ahora.

Israel adoraba a Dios como Jehová. El cristiano lo adora como Padre. Y la alabanza a Jehová difiere fundamentalmente de la alabanza al Padre, de manera que los salmos preparados para el pueblo terrenal no expresan las más plenas revelaciones contenidas en el Nuevo Testamento. ¿Encontramos algo en toda la serie de estos cánticos que implique un conocimiento del Padre y del Hijo? Ni una sola palabra; por la simple razón que el Hijo no había entonces revelado al Padre (Mt.11:27 y Jn.1:18). Ahora, como un contraste, los mismos bebés en Cristo se caracterizan por conocer al Padre (1ª Jn.2:13), sobrepasando de este modo al más avanzado judío, en lo que concierne a las relaciones divinas.

La conclusión, por tanto, es que los Salmos hebreos son completamente inadecuados para expresar las emociones espirituales aun del más joven en la fe cristiana. Esto es benditamente verdadero que por medio de estas maravillosas composiciones Dios habla al creyente, pero es una seria perversión de la última revelación de Dios suponer que el cristiano debe hacer uso de ellos como medios para hablar a Dios en adoración y alabanza.

V. —HACIENDO MELODIA EN EL CORAZÓN

Sin duda recordará la exhortación de 1ª Cor. 14:16, a la cual hemos hecho referencia anteriormente. Allí se manda a cantar en la asamblea con el espíritu y el entendimiento. Claramente, se espera que los cristianos sean inteligentes en los designios del Señor, y no ser "*niños en entendimiento*", sino "hombres", es decir, plenamente maduros (1ª Cor.14:20). "*Porque Dios es el Rey de toda la tierra; Cantad con inteligencia*" (Sal. 47:7).

Hay, sin embargo, otro elemento al cantar en asamblea que es de igual importancia. No debe pasarse por alto que aparte de la "melodía en el corazón", es imposible dar alabanza aceptable al Señor.

La necesidad de absoluta sinceridad en lo que sea rendido al Omnisciente puede verse en el tenor general del Antiguo y Nuevo Testamento. Pero, como marcando su especial importancia en todo el servicio de adoración, encontramos al corazón repetidamente mencionado en claros términos. Más de una vez el salmista desea alabar a Jehová con todo "el corazón" (Sal. 9:1 y 11:1). De Ezequías se registra que "*en cada obra que él comenzó en el servicio de la casa de Dios… él lo hizo con todo su corazón y prosperó*" (2ª Crón.31:21). Y el cristiano con sus más elevados privilegios y responsabilidades no está detrás del juicio. En dos de las epístolas de Pablo hay exhortaciones especiales que tratan directamente de la sinceridad de corazón cuando se canta a Dios. "*Cantando y haciendo melodía en vuestros corazones al Señor*"; "*cantando con gracia en vuestros corazones al Señor*" (Efes. 5:19 y Col. 3:16).

La poderosa influencia del corazón

El corazón, entonces, debe ser guardado con diligencia. En toda adoración audible el corazón debe ser justo ante Dios, como también el entendimiento. De otra manera las expresiones, mientras pueden ser claras como cristal, serán tan frías como "hielo". Para evitar este inaceptable formalismo en la oración o el canto es necesario que corazón y mente estén debidamente ejercitados, la mente contribuyendo con inteligencia espiritual y el corazón con sagradas emociones.

La Escritura muestra que una conexión inanimada existe entre estas dos partes de la naturaleza del hombre, y que una considerable influencia ejerce el corazón sobre el pensamiento. Cuando el declinamiento de los hombres del conocimiento original de Dios a las tinieblas y terribles corrupciones del paganismo es descrito, lo primero que se declara es que ellos "*se hicieron vanos en sus imaginaciones y su necio corazón fue entenebrecido*". Entonces siguió que "*como no retuvieron a Dios en su conocimiento, Dios los entregó a una mente reprobada*" (Rom.1:21, 28). Es de este modo que se muestra que el corazón necio y oscurecido fue el precursor de la mente reprobada.

Nuevamente, con relación a los sujetos espirituales el apóstol ora por los efesios para que Dios les dé "*espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Él; los ojos de vuestro corazón* (No 'entendimiento') *siendo iluminado; para que podáis conocer la esperanza de Su llamamiento*", etc. (Efes.1:17-18). De este modo entonces es claro que, mientras por una parte el conocimiento de Dios se perdió en el hombre natural a través del entenebrecimiento del corazón, el pleno conocimiento de Él es comunicado al creyente a través de la iluminación del corazón.

¡Qué parte importante, por tanto, tiene el corazón en la vida divina! Es como la carretera a cada verdadera y propia comprensión de las cosas de Dios. Por tanto, es de la más alta importancia para nuestro bienestar espiritual que el corazón sea estrictamente guardado, como se dice, "*sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón, porque de él mana la vida*" (Prov.4:23).

Mientras vigilancia es nuestra especial responsabilidad, la oración es el medio de nuestra segura preservación en nuestros corazones y mentes. Esto lo declara el apóstol en su epístola a los Filipenses. El resultado de hacer conocidas nuestras peticiones a Dios será, él dice, que "*la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento guardará vuestros corazones y pensamientos en Cristo Jesús*" (Fil. 4:5-7). Él de este modo señala lo que sólo puede formar una eficiente guarnición para la ciudadela de la naturaleza del hombre.

Como nuestros miembros son afectados por el corazón

La Escritura uniformemente enseña que el corazón es el centro del ser del hombre. Es el asiento de las afecciones y de los impulsos que llevan adelante al hombre en los caminos de la vida. Éste gobierna el juicio y los motivos. Afecta las acciones de las manos, pies y boca.

El mismo Señor declaró a los judíos que estaban contentos con limpiar el exterior del "plato" que había una fuente de inmundicia dentro, que ellos ignoraban completamente. Porque es del corazón que sale todo lo que contamina (Mt. 15:19).

El mal corazón del hombre natural por tanto da su propio color a cada acción; porque es de allí que brota el mal crónico (Mt.5:28 y 1ª Jn.3:15). Por otra parte, es la voluntad de Dios que el renovado corazón de un hombre se caracterice por cada acción en que sus caminos prueben ser buenos y aceptables ante Él.

De acuerdo con esto, como siervos de Cristo, debemos hacer "*la voluntad de Dios de corazón*" (Efes. 6:6). Para este fin el amor de Dios ha sido "*derramado en vuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*" (Rom. 5:5). Realmente el Espíritu Santo de Dios mora en nuestros corazones para originar y caracterizar cada afección propia a nuestras nuevas relaciones. De este modo el apóstol enseña: "*porque sois hijos Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, clamando, Abba Padre*" (Gál.4:6 y 2ª Cor.1:22).

El hecho de la presencia del Espíritu Santo, ese otro Paracleto o Ayudador, es de gran importancia para todos los que han aprendido lo engañoso del corazón natural. Es un confort saber que no somos dejados completamente a nosotros mismos para producir sentimientos propios hacia Dios, de nuestra propia voluntad y sin ayuda. Aquel que nos da justos pensamientos del Dios y Padre nos da justos sentimientos también; porque Él es el Espíritu de amor como también de sano juicio.

Melodía en el corazón

Es el Espíritu de Dios que llena el corazón con tal sentido del incomparable amor de Dios (Rom.5:5) que de la abundancia del corazón habla la boca (Mt.12:34-35 y Lc.6:45) a Dios para Su aceptación, y a otros para comunión.

Esto brota del pozo o fuente de agua viva dentro del creyente que constituye la melodía del corazón para el Señor. Reconocemos esta verdad cuando le cantamos las palabras, "Ningún corazón excepto aquel que sea por el Espíritu enseñando, hace melodía a Ti". Pero mientras la melodía no puede elevarse aparte de los oficios del Espíritu Santo, la responsabilidad para producir esto descansa sobre el que canta. "*Cantando y haciendo melodía*" son las palabras de nuestro texto.

De este modo uno que expresa las alabanzas al Señor con los labios es exhortado a ofrecer concurrentemente melodía en el corazón. Porque ciertamente el Espíritu Santo no actúa excepto el creyente honre Su presencia aquí sobre la tierra y se entregue a Su guía en sus cantos de adoración. Es por tanto una responsabilidad sobre el adorador asumir esta actitud de fe y dependencia en vista a asegurar la operación del Espíritu Santo en su corazón sin lo cual ningún sacrificio de alabanza, ni fruto de labios, puede ser aceptable en lo alto.

A riesgo de ser considerados tediosos, debemos reiterar que cantar y hacer melodía, ya sea individual o colectivamente, debe ser algo simultaneo. En este pasaje (Efes.5:19), los santos son exhortados no sólo a cantar, tampoco sólo a hacer melodía, sino a cantar y hacer melodía en el corazón.

Esto quiere decir que ningún grado de melodía con la voz puede venir a ser a la estimación del Señor un equivalente a un sustituto para la melodía en el corazón. Y aun así es penoso pensar que no hay pocos que por su práctica regular mantienen que una ejecución mecánica de himnos a Dios es suficiente para Aquel que desea la verdad en las partes interiores.

Tales almas mal guiadas deben considerar seriamente las solemnes palabras de advertencia de nuestro Señor a los escribas y fariseos de Su día: "*¡Hipócritas! Bien profetizó Isaías de vosotros, diciendo, este pueblo se acerca a Mí con sus bocas y me honra con sus labios; pero su corazón está lejos de Mí. Pero en vano ellos me adoran*" (Mt.15:7-9), sus ejercicios religiosos eran formales y no reales, y ellos mismos "*cosas sin vida, dando sólo sonidos*".

El autorizado acompañamiento del canto cristiano

En la asamblea cantar, por tanto, es imperativo que juntamente con la voz, a tono esté el armonioso acompañamiento *(psallontes)* del corazón. Emoción espiritual debe tomar el lugar de los instrumentos musicales usados en la adoración del templo. El cristiano no es invitado, como lo era un judío piadoso, a alabar al Señor con el sonido de trompeta, con salterio y arpa, címbalos, sin embargo, su canto al Señor debiese estar lleno con el entusiasmo y sentimiento santo del hombre interior.

Y en el valor espiritual por un momento comparemos el "sonido de metal", el "címbalo que retiñe", o aun el "sonido del órgano", con el embelesado brillo de un alma ferviente nacida de Dios y guiada por el Espíritu Santo en la posesión y comprensión de estos elevados privilegios que el Nuevo Testamento revela como la inalienable porción de cada cristiano. Esto sería comparar las emanaciones de la muerte con las actividades de la vida.

Gracia en el corazón

En el pasaje en Colosenses se manda cantar a Dios con gracia en nuestros corazones. Gracia siempre expresa la sobreabundante forma en la que Dios ha enfrentado las necesidades del hombre pecador. Entonces un sentido de gracia de Dios y de nuestro Señor Jesucristo está calculado para mover el alma en sus más interiores profundidades, y despertar el corazón a la alabanza. Cuando contemplamos el amor de Cristo que nos ha lavado de nuestros pecados en Su propia sangre y hecho un reino de sacerdotes para Dios Su Padre, enseguida somos constreñidos a atribuirle la gloria y el dominio para siempre (Apoc.1:5-6).

Gracia, mientras establece el corazón, nos capacita para servir a Dios de manera aceptable y reverente y con temor piadoso (Heb.13:9 y 12:28). Esto toca las afecciones de nuestro corazón, y nos hace prorrumpir en cantos de alabanza y acciones de gracias a Dios. En Colosenses cantamos a Dios el autor de la gracia con gracia en nuestros corazones, mientras en Efesios, el mismo Señor está directamente ante el alma, evocando de nosotros profundas melodías de corazón.

El Señor es nuestro Director

El Señor eleva y dirige las alabanzas de Sus comprados con Su sangre cuando ellos están reunidos, Él dice, "*en medio de la asamblea te alabaré*". Su presencia silenciosa e invisible apela sólo al corazón, y es realizada sólo por fe.

En ello está el secreto de la producción de melodía en el corazón que es indispensable para la alabanza cristiana. Usted preguntará. ¿Cómo puedo producir esta armonía interior? La respuesta es, deje que Cristo esté ante su alma.

Charles Wesley sentía la necesidad de este poder interior cuando escribió las

siguientes líneas:

"¡Mi corazón está lleno de Cristo,
y anhela Su gloriosa materia declarar!
De Él yo hago mis más elevados cánticos;
No puedo su alabanza dejar,
Mi preparada lengua se apresura a cantar
Las glorias del celestial Rey".

Pero mucho antes del día de Wesley el salmista escribió en su cántico del Amado: "*Mi corazón rebosa con la buena materia, diré lo que he compuesto tocante al Rey. Mi lengua es como pluma de un escritor diligente*"

¿Por qué la lengua a menudo se mantiene cantando mientras el corazón está frío y silencioso? Porque la bendita Persona de nuestro Salvador y Señor ha sido olvidada. La voz se agrega a otros distraídamente, o aun fuertemente, pero el corazón está frío y apático, si no albergando muy indignos pensamientos. Necesitamos esa fe viva que realice la presencia del Señor Jesús para que al cantar y en otras materias de asamblea podamos exhibir una conducta de corazón conveniente, y si podemos hablar así digna de Él.

¿No podemos decir que fue el sentimiento de la presencia del Señor con ellos en el calabozo en Filipo que hizo que Pablo y Silas cantaran cánticos de noche? Porque si el Señor no era en este caso el objeto de su alabanza como en una reunión de asamblea, Él era, como siempre debe serlo el objeto de su alabanza. Por tanto, ellos cantaban a gran voz a Dios, haciendo melodía en sus corazones. Ellos no eran como aquellos que cantan con un corazón pesado, porque la presencia del Señor hace, aunque la lengua del mudo cante, y ninguno de Sus redimidos puede estar triste ante Él. La luz del rostro del Maestro transfigura aun circunstancias de aflicción y hace de ellas ocasiones de gozo y regocijo.

El corazón más importante que la voz

No puede haber canto sin el uso de la voz, pero si el corazón no está en ejercicio, es mejor que la asamblea permanezca callada. Esto, sin embargo, sería un pecado y una vergüenza si los hijos de Dios permaneciesen quietos. Que el corazón, por tanto, presente una perpetua melodía al Señor. Uno a veces ve mensajes públicos, diciendo, "se necesitan voces para el coro de la iglesia". La verdad es que los corazones son los que se necesitan para la adoración de Dios. "¡Oh un corazón para alabar a Dios!". Esto, sin embargo, no puede obtenerse por anuncios. "Sólo el corazón enseñado por el Espíritu hace melodía a Ti".

No es la voz cultivada sino el corazón renovado de Su hijo el que busca el Padre. "La alabanza de los hijos es lo que Él ama escuchar, cantos de los hijos se deleita Su oído en oír". Sería un confort para aquellos que pueden estar angustiados a causa de que su canto sólo consiste en hacer "un gozoso ruido al Señor", que ellos

pueden hacer melodía en sus corazones al Señor.

Al mismo tiempo sería bondadoso y considerado por parte de tales personas moderar el volumen de sus discordantes esfuerzos para no dañar la sensibilidades de sus hermanos con oídos más musicales; mientras los últimos debiesen soportar estos sonidos ásperos con alegría y gracia, recordando que sus propias alabanzas no serán oídas en lo alto porque son cantadas más correcta y eufónicamente.

Los sentimientos expresados por Thomas Fuller sobre este punto son en lo principal buenos y sensibles. «Señor», dice él, «mi voz por naturaleza es áspera y no entonada, y es en vano gastar alguna arte para mejorarla. ¿Puede mi cantar salmos ser agradable a Tus oídos, que son desagradables a los míos?

Aun así, no puedo cantar como el ruiseñor, ni piar con el mirlo, más bien puedo chirriar con la golondrina (Isa. 38:14), si más bien croar con el cuervo, que estar silencioso. Si me hubieses dado una mejor voz, te alabaría con una mejor voz.

Ahora, lo que mi música necesita en dulzura la tiene en sentido, cantando alabanzas con el entendimiento. Sí, Señor, crea en mí un corazón nuevo (en el cual hacer melodía) y estaré contento con mi antigua voz, hasta, que en debido tiempo, siendo admitido en el coro celestial, tenga otra, más armoniosa, concedida sobre mí».

VI. —COMENTARIOS FINALES

Aún hay una fase de nuestro tema presentado en Efes.5:19 y Col. 3:16, que no ha sido considerada hasta aquí, pero que es de alguna importancia considerar brevemente. Me refiero al edificante efecto de cantar al Señor.

El efecto de cantar sobre el que canta

Sabemos que repetidamente se ha presionado la atención a que el cristiano está obligado a cantar "al Señor", y que de acuerdo con la más clara enseñanza de la Escritura no uno sino cada salmo, himno, o cántico debiese ser cantado conscientemente como ante Dios. Al mismo tiempo, y sobre la misma autoridad, es igualmente verdadero que el canto sagrado tiene una acción que se refleja sobre el que canta que le es benéfica.

Piense primero en la oración. Cuando nuestras peticiones son dadas a conocer a Dios, el resultado, ya sea que tengamos lo que pedimos o no es que la incomprensible paz de Dios guarda nuestros corazones y pensamientos a través de Jesucristo (Fil.4:6-7). El mismo ejercicio y actitud de oración produce un

estado de calma en el alma, aun cuando la directa respuesta es retenida. De igual manera, cantando, mientras principalmente esto es dirigido a Dios, tiene un beneficio secundario sobre el estado espiritual del creyente. Entonces el pasaje que nos manda a hacer melodía al Señor dice "*hablando entre vosotros con salmos,* etc.", y a los santos en Colosas el apóstol escribió, "*enseñándoos los unos a los otros con salmos,* etc." (Efes.5:19 y Col.3:16).

La práctica de cantar ensancha el corazón y la mente y guía a un mayor conocimiento práctico de las verdades de la Escritura. Justo como los poderes mentales y físicos del hombre son desarrollados y fortalecidos por su ejercicio, así es también con las facultades y emociones de la naturaleza espiritual del creyente. Los himnos presentan un conveniente canal para que fluyan las afecciones y aspiraciones del alma y su expresión en canto reacciona en bendición y beneficio para el que canta, individual y colectivamente. De manera que, si en las palabras del salmista, "*es bueno dar gracias a Jehová y cantar alabanzas a Su nombre, oh altísimo*" (Sal. 92:1), no lo es menos al dar alabanza al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Himnos como ayudas o estorbos

Nuevamente es un hecho notable que cantar es un medio de imbuirse profundamente de la verdad (o ¡lamentablemente!, del error) en el corazón, una extravagante paradoja es a menudo citada que si un hombre tuviese que hacer las baladas de una nación, no necesitaría cuidarse de quien hiciese sus leyes. Cual sea el grado de verdad contenido en este dicho, es cierto que la himnología sagrada ejerce un incalculable efecto sobre el pensamiento y la creencia cristiana.

Himnos cristianos difunden un santificante y una instructiva influencia dondequiera que son cantados, especialmente cuando son cantados en comunidad. Por otra parte, un himno no sano, aunque grande como pueda ser su belleza como una composición literaria, no ayuda, sino que daña.

Por ejemplo, cuántos corazones se han estremecido en ferviente adoración cuando se han unido a Watts, "cuando miramos la maravillosa cruz, vemos cuán bueno es el Dios que adoramos".

Por otra parte, cuantos corazones han sido cegados al hecho de la permanente presencia del Espíritu Santo en el creyente y la iglesia por los muchos populares himnos usados en la cristiandad cuyo tema es una oración por Su presente venida y derramamiento, tal como "Ven, Espíritu Santo, bendito Creador, haz a nuestras almas descansar, etc".

Tales sentimientos completamente olvidan y no consideran la promesa del Señor de enviar al Consolador que estaría con nosotros para siempre (Jn.14:16), y niegan claramente Hech.2, que registra el cumplimiento de esa promesa. Y la multitud de personas, que no están acostumbradas a "probar todas las cosas",

reciben a través del canto de tales himnos este falso y dañino error para perjuicio de sus propias almas.

Muchas otras instancias podrían ser citadas para ilustrar como doctrinas erradas son propagadas por este medio. Nos conviene por tanto estar atentos a lo que cantamos. Y la única prueba infalible de cualquier himno es la palabra de verdad. ¿De qué uso —porque estamos discutiendo este lado del tema— puede ser un himno no escritural para mí o para otros? Éste ciertamente no puede contribuir al avance espiritual de los hijos de Dios, mientras es un activo medio de extender sus propias falsas nociones.

Himnos evangélicos

Estos comentarios tienen directa referencia al uso del canto en la asamblea en adoración, ruego y ministerio de la palabra. Pero bajo el título de utilidad espiritual también cae la mayoría de esa clase conocida como "himnos de evangelio". Estos consisten en himnos cantados por santos en el acompañamiento de predicación evangelística. Ellos dan expresión para la delicia de los hijos de Dios en las simples y elementales verdades del evangelio. El incrédulo y el extranjero de corazón frío, "fuera de la puerta" tienen la oportunidad de escuchar el gozo y alegría de aquellos que han sido llevados a la casa del banquete del amor del Padre.

Esto es una triste degeneración, del puro fervor espiritual de corazones consagrados cuando el servicio del evangelio es hecho una ocasión para desplegar los así llamados talentos musicales, y cuando la feliz expresión de las sobrias y solemnes verdades de la gracia de Dios es cambiada por el enfermizo sentimentalismo unido a tonos, rima y refranes, en vista a convenir al gusto popular. Este yugo impropio no honra a Dios, tampoco ayuda al santo ni al pecador. Sin embargo, gracias a Dios en Su misericordia soberana y amor por los pecadores, Él se levanta sobre la extravagancia e ignorancia de Sus siervos, y bendice Su propia palabra hacia los pobres y necesitados.

El anuncio de himnos en las reuniones

Volviéndonos nuevamente al tema de cantar en la asamblea, puede destacarse que una escritura en 1ª Cor.14 nos presenta guía sobre puntos muy prácticos no tratados todavía, como, por ejemplo, ese de determinar qué himno debe ser cantado por la asamblea en un tiempo particular.

En Corinto había gran parte de impropia prisa y confusión cuando los santos se reunían. Cada uno de los hermanos parecía haber preparado de antemano su contribución de don para la asamblea. El apóstol dice, "*¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación*" (1ª Cor.14:26).

Es claro que allí había una competición, si no rivalidad, entre ellos por el despliegue de sus dones. El resultado de esta predeterminación a hablar fue que las reuniones vinieron a ser desordenadas, y los santos no eran edificados. La regla de Pablo para estas circunstancias fue "*todas las cosas sean hechas para edificación*". Él no dijo, poned a un presidente, o hagan a un hombre responsable por el orden de vuestras reuniones, y entonces será manifiesto quien debe ser censurado por el desorden entre ustedes. No, tal consejo habría negado la soberanía y suficiencia del Espíritu de Dios en medio de ellos, "*repartiendo a cada uno como Él quiere*" (1ª Cor. 12:11). La solución era que ellos permitiesen ser gobernados por Él, y la edificación de los santos sería el seguro resultado.

Usted habrá notado que cantar es especialmente mencionado en este versículo: "*cada uno tiene salmo*". Si cada hermano trajese un salmo para cantar en la asamblea, habría enseguida un fin a toda verdadera comunión en el Espíritu. La verdad era que los hermanos se habían extraviado en cuanto a los principios gobernantes de acción en la asamblea de Dios.

Porque esto es completamente contrario a la enseñanza apostólica para alguna persona asumir que, porque él mismo ha encontrado gran gozo en cierto himno, debe llevarlo a la próxima reunión de la asamblea y pedir que todos sus hermanos lo canten al Señor con él. Es sin duda muy natural pensar que lo que yo encuentro bueno para mí mismo, debiesen otros compartirlo conmigo. Pero esta idea contradice la verdad de 1ª Cor. 14. La verdadera cuestión es si el himno es pedido en el tiempo justo.

Este capítulo, como ya se ha declarado, muestra que la regla general para guiar la acción tomada en la asamblea es lo que es, no lo que debe ser, conveniente para todos los presentes. En otras palabras, el himno anunciado y cantado debiese ser uno que exprese los pensamientos y corazones de los santos como un todo en esa coyuntura en particular. Y esto necesita hacer que cada uno que pida un himno dependa de la acción del Espíritu de Dios, nadie sino Aquel que mora en la asamblea, y gobierna a cada uno y a todos en la unidad que Él mismo ha establecido, es competente para ordenar el canto y toda la adoración de la compañía reunida.

Conocimiento de los himnos

Sin embargo, mientras el Espíritu Santo es todo suficiente como Guía, esto debe recordarse: que no hay autoridad para creer que Él traerá a la mente de una persona un himno que él nunca ha visto o cantado antes. Mientras más familiarizados estén los hermanos con el himnario a través de un constante uso en el hogar, mayor será la variedad en los cánticos en la asamblea. Porque la forma de actuar del Espíritu Santo es seleccionar de lo que sabemos. De allí la importancia de conocer y familiarizarnos con la colección de himnos en la devoción privada, de manera que propia y conveniente alabanza, como opuesta a lo que es formal o habitual, puede ser dada a Dios en la asamblea.

Por otra parte, indebido libertinaje con el himnario debe deplorarse. El constante habito de anunciar himnos es engañoso, y perturbador para otros. Por medio de tan irregular proceder, la acción del Espíritu es apagada.

Nunca debiese olvidarse que el mismo Señor es el Líder de nuestras alabanzas, como Él ha dicho, "*en medio de la congregación te alabaré*" (Heb.2:12). A causa de esto, es una materia especialmente solemne pedir cierto himno que, si de Dios, encarnará las alabanzas de los santos en esa etapa particular en la reunión. El mismo Señor es nuestro gran Director. Además, nadie sino el Espíritu de Dios puede justamente guiar a un hermano en acuerdo con el pensamiento del Señor. Al mismo tiempo es la responsabilidad de cada uno ponerse a sí mismo en alineación con el Espíritu y ser obediente a ello, de manera que todas las cosas sean hechas de y para el Señor.

Tonos de los himnos

Cuidadosa consideración de lo que se expresará en la presencia del Señor, en el canto, guiará a elegir un modo conveniente de expresión. No debe ser necesario después de lo que ya se ha escrito referirse al tema del tono. Pero unas pocas claras palabras pueden privar a los culpables de su última excusa.

Esfuerzos por obtener efectos musicales al cantar a Dios en la asamblea no pueden ser demasiado deplorados. Para algunos la expresión vocal es la principal cosa, si no todo. Ellos olvidan que aun cosas sin vida pueden dar agradable sonido. Dios espera más que esto de Sus hijos en quienes mora Su Espíritu.

Indiferencia es el extremo opuesto. A veces parece que los santos, probablemente a causa de falta de pensar más que de principio, son completamente abstraídos al significado de las palabras que estamos cantando. Donde, por ejemplo, los pensamientos pueden ser gritos de exclamación en lo más alto de su voz y rapidez al cantar las siguientes solemnes líneas: "cuando te vemos en el huerto, en Tu agonía de sangre… Cuando te vemos como la víctima, colgada en el madero maldito, por nuestra culpabilidad y locura herido, todo nuestro juicio llevado por Ti".

Nuevamente, ¿Quién no ha escuchado "qué alentadoras palabras son éstas, etc.", entregadas en un canto parecido al fúnebre, patético en extremo? ¿Y esa alegre estrofa, "nos gozamos en Dios, y cantamos de ese amor, etc.," expresado en un tiempo de funeral con bocas a medio cerrar? Estas irregularidades se levantan de una falta de corazón ejercitado, y el caer en una fría formalidad, que son un descrédito para los santos y un deshonor para el Señor, pero que pueden ser evitados por pensar un poco en las palabras del himno. Aquellos que aborrecen el ascetismo pueden caer en el descuido.

Usualmente hay uno o más hermanos competentes para establecer tonos convenientes. Esto siendo así, que los himnos sean cantados con "una mente y una boca". Que pueda haber armonía de sonido, porque Dios es un Dios de orden.

Permita que el aire predomine y no sea extinguido por el incisivo tenor o retumbar grave o bajo de cantores tímidos e indecisos.

Negándose a unirse al canto

Una dificultad se levanta en algunas mentes en cuanto a cómo uno debe decidir a no unirse a cantar cierto himno pedido en la reunión, pero que parece estar fuera de orden. Éste es indudablemente un caso excepcional, y hace necesario el ejercicio de mucha sabiduría de acuerdo con las circunstancias.

Pero los siguientes dos principios fundamentados sobre lo que se ha desarrollado hasta aquí en este folleto pueden ser útiles.

1. Porque canto al Señor, no debo cantarle lo que sé que es contrario a las Escrituras.

2. Porque canto en comunión con el resto de los santos, no tengo sólido fundamento para negarme a cantar, excepto sea invitado a cantar lo que es claramente contrario a las Escrituras y el pensamiento del Espíritu Santo.

Digo, "claramente contrario", porque en instancias dudosas, modestia y humildad debiesen unirse con la prudencia para impedir tan clara expresión de opinión. No permanezcamos silenciosos sino cantemos con gracia en nuestros corazones al Señor.

Al cantar, como en otras materias, no debemos sorprendernos si otros no entran muy fácilmente con nuestros pequeños caprichos. Y cuando nosotros mismos no vemos muy claramente puntos que otros establecen con gran convicción y énfasis, es bueno recordar que esto posiblemente puede deberse a nuestra propia defectuosa visión, y no a su error.

En resumen, debemos ser muy lentos para juzgar las acciones de otros donde no tenemos la plena luz de las Escrituras para nuestra guía y autoridad. Cuando, sin embargo, no hay lugar para dudas, las demandas del Señor y Su palabra nos obligan a ser firmes y fieles.

Himnos y poesía sagrada

Desde el comienzo del Cristianismo, hombres piadosos han expresado su devoción a Dios en forma métrica que ha ejercido considerable influencia sobre sus compañeros santos. A veces estas composiciones han sido en una forma conveniente para el canto congregacional, pero no invariablemente así. Poesía sagrada es un medio efectivo de atesorar verdades, verdades divinas, en la memoria, y que deben ser valoradas como tal.

El propio himno, sin embargo, captura las emociones y las dirige hacia Dios. Un escrito muy primitivo dio una buena definición de un himno como es muy generalmente comprendido; ¿Sabe usted lo que es un himno? Esto es cantar con

alabanzas a Dios. “Si usted alaba a Dios y no canta, usted no expresa un himno, Si canta y no alaba a Dios, tampoco expresa un himno”. Debiésemos estar dispuestos a ampliar estos términos un poco, pero en lo principal esto es correcto.

La práctica de cantar himnos se extendió muy rápidamente entre los creyentes después de la Reforma, aparte del escribir en verso sobre sujetos sagrados. Posteriormente, himnos a Dios en creciente número ahora abundan en casi cada lengua y dialecto conocido. Se ha computado que el momento actual sólo los himnos ingleses son entre cuarenta y cincuenta mil y han sido compuestos por más de mil escritores. “*¿Está alguno alegre? Cante salmos*”. El Señor es digno de ser alabado. Que las piedras vivas clamen Su alabanza. Pero que ellos escojan lo mejor de mil salmos, himnos y cánticos espirituales que están disponibles.

Una palabra final

Permítanme añadir como un comentario final que al cantar como en otro servicio no hay una “regla de oro” para el cristiano. El ojo del Señor, no el cabestro, debe ser la guía. La mejor de las reglas extraviará si éstas toman el lugar de Cristo mismo.

Mas, el creyente más simple canta bien si tiene al Señor ante él; pero las expresiones del más inteligente y cantor más consumado son completa vanidad, si el Señor es olvidado, y no es el objeto directo y el sujeto de la alabanza.

EL HIMNARIO DESCUIDADO

Cualquiera debe haber notado que una gran parte de rutina y repetición caracteriza el cantar himnos en muchas de nuestras reuniones. Ciertos himnos son usados una y otra vez, y otros nunca se cantan. Los mismos himnarios cuentan silenciosamente este relato de uso desigual. En muchos casos, ciertas páginas están muy deterioradas y manchadas, mientras muchas otras están sanas e impecables.

Cantando rutinariamente

Hay evidentemente una fuerte tendencia entre muchos de los santos para expresarse sólo por himnos que ellos conocen por corazón porque ellos son cantados muy a menudo. El hábito es a menudo adquirido inconscientemente. Como un resultado, muchos son capaces de unirse casi automáticamente en el canto en la asamblea, y con ojos cerrados y con himnarios cerrados con perfecta exactitud, y esperamos, con profundo sentimiento.

Este exacto memorizar de himnos devocionales en sí mismo es muy deseable y excelente, y quizás en importancia está detrás a la memorización de las palabras de las Escrituras. Pero donde la memoria se levanta simplemente porque los mismos himnos han sido cantados por ellos el día del Señor desde su niñez hasta una edad avanzada, el canto puede haber venido a ser una repetición mecánica de sonidos, faltando de espíritu y vida. Lo que el Señor ha dicho de ciertas oraciones se aplica también al canto.

Himnos escogidos

Otra característica indeseable, debido a la ligereza e irreflexión del anunciador, es a menudo notada en las reuniones de asamblea. Todos son invitados a cantar un himno completamente fuera de armonía con el propósito de la reunión. El himno puede ser excelente, y muy familiar para todos, y muy amado; pero aun así puede estar fuera de lugar. Anunciar, por ejemplo, un himno respirando una ardiente esperanza por la inmediata venida del Señor justo antes de que el pan sea partido en recuerdo de Su muerte es obviamente incongruente, y no podría haber sido dado por el Espíritu Santo. Menos prisa y más reflexión habría impedido tal error.

Unas pocas figuras

Un amigo del escritor ha estado recolectando algunos datos sobre este tema. Ha sido sorprendido por un comentario sobre la preferencia por himnos particulares y el rechazo dado a otros. Y él investigó la materia por sí mismo, y ha registrado lo que realmente sucedió.

Hay 436 himnos en la colección conocida a muchos lectores de esta revista. Pero parece que sólo unos pocos comparativamente son cantados en las reuniones. Algunos son inconvenientes para uso general en las reuniones, habiendo sido escritos para ocasiones especiales como sepultaciones. Etc. Haciendo tales concesiones, todavía parece haber considerable evidencia que algunos hermanos han sido extraviados por favoritismo por unos pocos himnos, ignorando la gran mayoría.

Este amigo tomó cuenta del cantar de 436 himnos consecutivamente. Él encontró que aunque hay 436 himnos diferentes disponibles para uso, sólo 202 himnos diferentes fueron cantados durante ese periodo. De modo que la mitad de los himnos no fueron usados en estas reuniones.

La extensión del periodo ocupado al cantar 436 himnos no se declara; pero suponiendo que ocho himnos fueron cantados cada semana (cuatro en el día del Señor, y cuatro en las reuniones de semana), esto habría sido en un poco más de un año. Probablemente, habría más de ocho en una semana; y esto debe haber tomado alrededor de nueve meses, o aún menos.

En el registro puede verse que himnos eran los favoritos en esta reunión. Un himno (216) fue cantado ocho veces; otros dos, siete veces cada uno, noventa y seis, una vez; y doscientos treinta, no se cantaron.

Evidencia del descuido

Hermanos, hagan las concesiones que piensen necesarias para estos himnos que son sólo convenientes para uso en ocasiones especiales, y hay todavía amplia evidencia del serio descuido del himnario, que debe dañar el tono espiritual de la asamblea y la piedad del santo individual.

¿Por qué esta indiferencia tan grande de esta selecta colección de cantos sagrados? ¿Nunca se sienten los santos "alegres" en su hogar, y "cantan salmos" como dice Santiago? Pero quizás algunos otros himnos han sido escogidos para cantar en el hogar por la familia, son más populares, pero menos valiosos para el alma.

El canto en familia puede, por supuesto, ser posible sólo en raras ocasiones. En ese caso, ¿Por qué no intentarlo sólo a veces? Para usted mismo por supuesto. Un cristiano viajero le dijo al escritor que a menudo cuando estaba sólo en largos viajes se sentía obligado a cantar al Señor; él entonces escogía el lugar más solitario sobre el barco, y allí iba, donde sólo Uno podía escucharlo. Su voz no era muy musical, pero su corazón saltaba de gozo.

Leyendo en lugar de cantar

Si no puede cantar un himno, léalo para usted mismo. Si usted leyese un himno, y a veces dos breves en un día, podría fácilmente leer cada uno de los 436 himnos en un año. Encomendando a la memoria los no familiares al mismo tiempo, si usted puede. Un hermano que sufría de insomnio ocupaba sus horas sin sueño repitiendo tantos himnos como podía. Si usted no piensa "en estas cosas", en sus momentos libres, Satanás le sugerirá algo indigno y perjudicial para ocupar su mente.

El valor de cantar o leer los himnos es que las afecciones son despertadas y ejercitadas hacia el Señor. ¡Cómo el corazón de un niño es fortalecido justo por hablar a su madre! Aun el parloteo de una guardería es una educación donde hay amor. Cantar, leer y aprender himnos son importantes ejercicios devocionales que no pueden ser descuidados sin pérdida. Ellos guían al alma a la presencia del Señor.

Para adoración se necesitan adoradores. Ésta es una consideración primaria en cuanto a la adoración, que aquel que se acerca a Dios, con el objeto de adorarlo, debe poseer la libertad cristiana. Excepto él se encuentre en esta aptitud moral puede ser un adorador, es imposible para él adorar.

Aptitud moral en el adorador

Mientras el alma cuestiona el amor de Dios el Padre, o no conoce la aceptación en el Amado, allí falta ese espíritu que fluye de la posesión de la libertad cristiana, y entonces ausencia de capacidad moral para adorar. Ninguna organización eclesiástica puede suplir la deficiencia, tampoco el reunirse con aquellos que se reúnen al nombre del Señor comunica tal capacidad.

No es nuestro propósito referirnos a lo que Dios ha establecido para nuestra fe respecto a Su Hijo, y cómo el alma entra en la libertad cristiana; asumiremos que ya tenemos esa libertad, y que ocupamos la posición moral de adoradores, en lo que se refiere a la seguridad de nuestra fe en lo que Cristo ha hecho por nosotros, y en lo que Dios es por nosotros. Esto siendo así, hay dos requisitos necesarios para la adoración. Primero, que estemos en comunión con Dios —y esto cubre la capacidad para adorar, ya sea en una forma individual, o colectivamente. Segundo, que, si hemos de adorar corporativamente en común y en comunión con el pueblo de Dios, debemos tener Su pensamiento en cuanto a lo que es realmente la adoración cristiana.

Adoración individual y corporativa

Es de toda importancia práctica enfatizar la distinción entre adoración cristiana divina y adoración cristiana de Dios. Miles de queridos hijos de Dios gozan de su aceptación en el Amado y el amor de Dios el Padre, que en su individualidad privada realmente adoran; aun así, para muchos de tales cristianos, es verdad también, que la adoración cristiana corporativa es casi completamente desconocida. Realmente, la mera idea de adoración cristiana se levanta de un cuerpo de hijos de Dios reunidos en alguna cosa común en los pensamientos; mientras aquellos que poseen la idea justa, la realidad práctica es raramente experimentada. De hecho, la adoración cristiana colectiva es rara sobre esta tierra.

Entrar en un "lugar de adoración" no hace de un hombre un adorador, tampoco somos hechos aptos para adorar por asistir a "una reunión de adoración". Podemos ir a nuestra "reunión de adoración" tan a menudo como nuestros compañeros creyentes, lamentablemente, ir a las iglesias o capillas, con nuestras

almas muertas en cuanto a nuestros pensamientos hacia Dios nuestro Padre en nuestra adoración, y de amor hacia nuestro Señor Jesucristo, significa que somos solamente parte de una rutina religiosa. No podemos en tales serios tiempos como estos cerrar nuestros ojos al hecho, que como hay en las iglesias o capillas un remanente de santos cuyos corazones son rectos y cuyas almas desean, como individuos adorar a Dios, hay entre nosotros mismos quienes desean y claman por tiempos de adoración colectiva. Si admitimos este hecho, como es, admitiremos que todos los que pueden reunirse para adoración en una ocasión dada no necesaria ni verdaderamente adoran cuando hacen así.

¿Por qué vamos a la reunión de adoración?

La forma en la cual las personas considerar el carácter de la reunión el primer día de la semana puede ser tomada como un índex de la actitud de sus almas en estas ocasiones. Es sano preguntarnos nosotros mismos. ¿Por qué vamos a la mesa del Señor? ¿Cuáles son nuestras esperas respecto al reunirnos alrededor de ella? No es sino verdad decir, que no pocos van a la mesa del Señor con poco más que una vaga idea de tener unos “momentos agradables”, "una palabra buena”, o algo que les hará bien, y posiblemente van hasta allí con la noción que por hacer así están manteniendo un testimonio. Como regla, se encuentra que nuestras reuniones son muy de acuerdo con nuestras esperas.

Suponga a un creyente viniendo a la mesa del Señor con el pensamiento predominante, de tener una “agradable” reunión, si ciertos hermanos, que él piensa estarán presentes, ellos estarían en un “feliz” estado de alma, o que tendrá un desagradable momento si otros tomasen “parte” a los cuales él considera no espirituales. El caso no es poco común. Los tales ciertamente no vienen a la reunión con el objeto de adorar, sino que van a una iglesia o capilla, para depender del ministerio. Si esto se multiplicase por el más grande número de las unidades que componen una cierta reunión, es obvio que en la principal parte de la reunión ni siquiera está esperando estar presente como adoradores.

Tal es la gracia de Dios que a menudo vuelve todos los corazones a la adoración, y esto inesperadamente; aun así, cuando los creyentes, asistiendo y formando parte de una reunión de adoración, están llenos con tales esperas como las que hemos nombrado, ellos no vendrán a la reunión en vista a adorar. Otros pensamientos están en sus mentes. Para ellos se trata de ¿Qué don nos ministrará? Aunque admitimos que ellos esperan un ministerio en el Espíritu, para ellos no se trata de ¿Qué daremos a Dios en el Espíritu? Tampoco es necesario que en vista a dar a Dios individualmente abramos nuestros labios; otros pueden hablar y expresar los deseos de nuestros corazones. Es un Espíritu quien está con nosotros.

Canastas vacías

Si analizamos tales esperas, encontraremos que éstas se producen a causa de pobreza de alma. Si vamos a una reunión para adorar en vista a ser llenos, vamos vacíos, y por tanto no asistimos como adoradores. El adorador da, conforme a la palabra: "*de lo Tuyo te damos*"; él da a su Dios de aquello con lo cual Él lo ha enriquecido. No debemos sorprendernos de que nuestros apagados corazones produzcan apagadas reuniones, o que vasos vacíos requieran ser llenados. Pero si cada uno tomó poco de "Cristo" en nuestros corazones para ir a la reunión de adoración, nos presentaremos, moralmente hablando, de una forma muy diferente ante Dios de aquella que es a menudo el caso. ¡Suponga a cincuenta santos reunidos en el nombre del Señor Jesús, y cada uno de ellos teniendo un poco de una ramita de las excelencias de Cristo, fragante en su pecho! ¡Cómo el bendito Espíritu de Dios se regocijaría en infundir sobre los cincuenta y llenar el lugar con los gratos olores elevándose al Padre!

Si el alma se está deleitando en Aquel que es el objeto del placer del Padre, esa alma estará en una posición de adoración. Es realmente una cosa feliz regocijarse en lo que el Señor ha hecho por nosotros, pero es más excelente ser libertados por Él de manera a estar ante Dios solamente ocupados con Él mismo. Las afecciones y deseos estando ocupados con Cristo, adoración se elevará del corazón, y esto sea privada o públicamente. Realmente, la adoración corporativa será pequeña si la adoración privada e individual está faltando. El corazón lleno de Cristo y del amor del Padre se expresa a sí mismo a Dios sin ningún esfuerzo. Pero necesitamos enfatizar que la única forma que éste rebose en adoración es estando ocupados del objeto del amor del Padre, es decir, de Su Amado Hijo.

Silencio y embotamiento entre los adoradores

¡Es realmente asombroso a veces ser testigos, y formar parte de un gran grupo de creyentes de diferentes edades, todos conociendo que son aceptos en el Amado, y que Dios es su Padre, sentados como mudos, alrededor de los preciosos memoriales de la muerte de su bendito Salvador! Leemos en 1ª Cor.11:10, "*a causa de los ángeles*"; ¿Y qué deben pensar estos santos seres de tal espectáculo?

¡Aun así es mejor estar mudos que hablar locuras! Periodos de silencio, cuando el Espíritu Santo los está llenando ministrándoles más de Cristo y del Padre a los corazones de estos reunidos para adorar, son momentos preciosos; pero, si de otra manera, son simplemente la expresión de lentitud y embotamiento de nuestras almas. ¿Es ese el silencio que es producido por el Espíritu Santo? ¿O es aquel que se debe a nuestra falta de delicia en Cristo y el Padre?

Todos aceptamos que la reunión de oración es para oración, la de lectura y enseñanza para instrucción, y que el único día de la semana dedicado a la adoración entre nosotros es ese que es ahora una y otra vez especialmente dedicado para este propósito. De este modo somos casi completamente limitados para reunirnos alrededor de la mesa del Señor si hablamos de una reunión de

adoración. En cuanto a esta reunión, somos, confiamos, libertados del pensamiento que venimos a la mesa del Señor para obtener algo para nuestras necesidades personales, o, que nos reunimos para pedir, y hacer suplicas ante Dios. No vamos a la reunión para obtener algo, o suplicar; sino para dar; es decir, que somos adoradores.

El instrumento melodioso fuera de tono

Sin embargo, muchos han experimentado, a la hora de estar alrededor de la mesa del Señor, algo parecido a esto. Primero, una breve reunión de oración; sin duda necesaria, de manera que estos presentes puedan ser llevados moralmente a una condición de adoración. Porque, aunque todos los presentes puedan saber lo que es la libertad cristiana, aun así, actualmente para adorar debe haber el consciente gozo de Cristo y del amor del Padre. Esta oración en la primera parte de la reunión es, como el proceso de poner a tono; a veces necesario, porque, como hemos dicho, el Señor requiere realidad, y hasta que el instrumento esté a tono no puede haber melodía.

De este modo si nuestros corazones no están a tono antes de venir a la reunión, la adoración tendrá que esperar hasta que estos entren en tal condición. Después, habiendo comunión con Dios, seguirá la adoración. ¡Ay! Tales tiempos no son comunes, ¿Pero por qué no debiese ser así? ¿No es para nuestra tristeza que no somos cada uno y todos más a menudo llenos con el Espíritu cuando nos reunimos declaradamente para adorar?

Cuando el periodo de adoración ha pasado, usualmente existe esa espera que "nuestra" porción está viniendo, es decir, la edificación. Y a veces, algunos parecen realmente desilusionados si el valorado maestro no está presente, y de este modo no obtienen una "palabra" para sus "propias" almas. De esta manera la breve hora y media, o dos horas de tiempo alrededor de la mesa del Señor pasa.

Poniendo el púlpito antes de Cristo

En cuanto a la confesión o parte de oración de la reunión, esa parte debiese ser indudablemente establecida en el hogar, o en las ocasiones cuando nos reunimos para expresarle a Dios nuestras necesidades. Pero debe haber realidad. Intentos en adoración, expresiones demasiado elevadas cuando el alma está en un bajo estado son inadecuadas.

En cuanto a la parte de edificación de la reunión, el Cabeza de la iglesia es el Señor, y enviará la palabra necesaria. Él nunca descuida el estado de nuestras almas, nunca. Que nuestro objeto sea Cristo, y no fallará en dar las palabras que nos edificarán. Pero es una cosa seria cuando personas van a la mesa del Señor para ser edificados antes que para adorar. Para todo propósito practico esto es retornar al ministerio formal, poniendo el púlpito antes que a Cristo; pero es más que probable que aquellos que actúan así no han comprendido lo que es

conveniente a la mesa del Señor.

El espíritu que espera ser alimentado en la mesa del Señor naturalmente guía a un sentido de que alimento es necesario. Esto es muy serio, en una reunión del pueblo de Dios que declaradamente se reúne para adoración, y que, como a la vista de Dios, ostensiblemente ocupa el lugar de ser guiado por el Espíritu, para introducir un tema preparado sobre el cual hablar, aunque bajo la superficie se está diciendo que la instrucción es necesaria. Es muy bueno decir que la asamblea requiere instrucción, y añadir que la asamblea recibió lo que se dijo.

¿Creemos verdaderamente que el Espíritu de Dios está real y verdaderamente con nosotros? Necesitamos preguntar a nuestras almas sobre esta solemne cuestión, no realmente responder a esto doctrinalmente, porque todos entonces responderían afirmativamente, sino que tenemos que responder de manera práctica. ¿Acreditamos prácticamente el hecho de la presencia del Espíritu Santo? Si realmente contamos con que el Señor dirija los pensamientos de su pueblo por medio del Espíritu, y use a quien quiera, habría un gran cambio en muchas "apagadas" reuniones. ¿No anhelamos que la bendición fluya libremente y sin estorbos de la presencia de un Espíritu no entristecido? ¡Cuánto poder divino perdemos por expresar nuestros propios pensamientos, cuando reunidos declaradamente para ser guiados por el Espíritu por la dirección del Señor Jesucristo!

La diferencia entre adoración y enseñanza

Al entregar una palabra de instrucción, o como denominamos esto, una lectura, el maestro sale de la presencia del Señor teniendo un mensaje específico para presentar ante los creyentes reunidos. Ésta puede ser una palabra dirigida a sus mentes, instruyéndolos en doctrina, o a sus afecciones, moviéndolos, o puede ser llamándolos a andar como es digno de Dios; pero es esto lo que el maestro tiene que decir como siervo del Señor. El maestro es de este modo enviado por su Maestro, y es responsable a Él.

Pero en una asamblea reunida para adorar el maestro individualmente es mezclado en la asamblea de la cual forma parte, y en la presencia de su Señor él está allí como un adorador, y no está presente allí con el propósito de enseñar. No debe olvidarse que todos son uno cuando están reunidos alrededor de la mesa del Señor, y si la asamblea de este modo espera por el maestro, o el maestro ocupa un lugar para sí mismo en esa ocasión, es una negación practica de la unidad de la asamblea en su carácter de adoración, y del hecho de que el Señor guía por Su Espíritu como Él quiere. También se encontrará, cuando se espera en los dones y esto ocupa el pensamiento de una asamblea, su unidad hay un relajamiento en su responsabilidad, y la adoración se debilita realmente, mientras una degeneración general en cuanto al sentido de la presencia de Dios el Espíritu Santo es el resultado.

Podemos ver fácilmente, que si individualmente perdemos de vista el carácter de

adoración de la asamblea cuando está reunida alrededor de la mesa del Señor, que podemos gradualmente caer en un estado de cosas que es notablemente semejante a ese que se encuentra en ciertos cuerpos disidentes. La enseñanza pude ser considerablemente diferente, pero en espíritu los santos finalmente vendrán a participar de la cena del Señor y escuchar un sermón.

¿Cristo o el maestro?

Es completamente verdadero que el maestro puede tener a su alrededor una mayor audiencia un domingo que la que tendría en otras ocasiones, ya que posiblemente todos los que se congregan para partir el pan, y entonces él puede decir en su corazón que las ovejas necesita penosamente alimento, y que el mayor número de ellos es otra oportunidad para ser alimentados.

Pero nuevamente preguntemos, ¿A qué vamos a la mesa del Señor? Vamos a partir el pan en memoria de Cristo en su muerte. Éste es un tiempo especialmente dedicado a Él y Su Padre. El recuerdo de Sus sufrimientos debiese llenarnos de Él de manera que la más elevada y santa adoración fluyese de nosotros hacia Él. ¡Ay! ¿No es verdad, ya que a veces nuestras almas necesitan ser despertadas a la realidad de Su muerte y sufrimientos? "*¿No habéis podido velar una hora conmigo?*" Fueron las palabras dirigidas a Sus discípulos que dormían a causa de la tristeza, y en espíritu podemos aplicarlas a nosotros mismos. Si Cristo mismo estuviese verdaderamente llenando nuestros corazones, pasaríamos más tiempo alrededor de Su mesa, solamente para hacer memoria y ocuparnos de Él. No hay música sobre la tierra tan dulce como bien afinados tonos de afecto expresando la delicia de los santos de Dios en el Señor en Su muerte. Velemos por que el deseo por edificación doctrinal no tome el lugar en nuestros corazones de la persona de Cristo.

La adoración despierta el deseo por edificación

Podemos estar seguros que si un creyente es un adorador él no descuidará las reuniones dedicadas a la edificación o la oración. A menudo escuchamos decir que aquellos que más necesitan enseñanza raramente vienen a escuchar la instrucción. Esto es verdadero, y muestra cual es el estado del alma. Pero sólo permita al Señor tener Su propio lugar en nuestras almas, y nuestros corazones serán libertados aun de nuestras propias necesidades para que podamos deleitarnos en alabar y adorar a Cristo y Su Padre, y entonces sin duda que habrá un deseo también por la oración y la edificación. Sea esta privada, cuando estamos solos con Dios, o reunidos con Su pueblo, la verdad en cuanto a si somos adoradores o no, es una prueba del estado de nuestras almas.

La reunión en Troas, cuando los discípulos se reunían para partir el pan (Hech.20:7), donde "*Pablo alargó el discurso*", fue de considerable duración, pero él era un apóstol. Nuestras reuniones no son largas, raramente extensas; y los

apóstoles no existen ahora. Lo que debe sinceramente desearse es más de Cristo y del tiempo dedicado a Dios el Padre y al Señor Jesucristo para adoración.

Una palabra prestada no es maná fresco

¡Sabemos de profesados escritores de sermones, que obtienen sus medios de vida por medio de esta ocupación! Y hay un mal común que se ha extendido mucho y que toma la forma de predicar sermones de segunda mano. Ahora, puede ser que quienes han tomado el terreno de ser guiados por el Espíritu pueden caer en una negación algo similar del Espíritu de Dios al estar reunidos con Su pueblo. Una "palabra" expresada en una asamblea reunida al nombre de Cristo, y profesadamente guiada por el Espíritu Santo, haya sido tomada prestada, y sin conocimiento, de una revista o maestro, es un serio mal. Esto no es adoración; tampoco el maná fresco del día de la reunión; esto es a lo más un pan seco que se ha obtenido de otro.

Si hubiese más adoración en las asambleas, tales gustos y percepciones espirituales existirían en aquellos presentes de manera que no habría tal pan seco. Porque siempre es seco eso que sale solamente de un esfuerzo de la memoria, y no es hecho real e individualmente nuestro por medio del Espíritu. Y si hubiese genuina creencia que el Señor, por el Espíritu, mueve a quien Él quiere para hablar a Su pueblo cuando reunido alrededor de Su mesa, sería absolutamente imposible venir a una reunión con un sermón pre-arreglado, sin considerar si ésta era la preparación propia del predicador o de algo tomado prestado de algún otro lado.

Es una muy inequívoca evidencia de retroceso en cuanto a la fe en la acción del Espíritu de Dios en una asamblea, cuando uno se atreve a introducir sus propios pensamientos, y preparar sus pensamientos de antemano para expresarlos en la mesa. Indudablemente, lo que ha estado llenando la mente de un hombre por sí mismo u otros puede ser justamente expresado en el día del Señor; pero si tal o cual cosa está en su pensamiento, él necesita estar doblemente cauteloso, y seguro, que el Señor quiere que los exprese.

De hecho, a menudo sucede que el tema pre-arreglado se presenta en la reunión sin ninguna conexión con la línea de cosas del Espíritu de Dios que está teniendo lugar en el pensamiento de la asamblea, y rompe y termina su adoración, llevando de este modo consigo su propia condenación de aquello. O (¿podemos decir?) que este hábito gradualmente leuda los pensamientos de aquellos que componen la asamblea, de modo que la acción del Espíritu Santo en una asamblea desaparece de nuestras percepciones.

A veces percibimos un movimiento en una asamblea que, aunque no expresado por palabras, es una clara indicación de que la adoración ha terminado; una pausa de espera tiene lugar en vista a que el sermón pueda ser entregado. Y a veces, un espíritu inquieto comienza a desear que se pase la ofrenda por causa de los pobres, y nuestras almas entristecidas recuerdan las palabras del Maestro,

¡"*a los pobres siempre los tendréis con vosotros, pero a Mí no siempre me tendréis*"! Ocupación del Señor resulta en adoración está claramente de este modo faltando.

El justo estado para la adoración

Para la adoración es necesario que nuestros corazones hayan venido a Cristo y bebido de Él, de manera que, llenos de este modo, nuestras afecciones puedan fluir por Su Espíritu. No podemos imitar la adoración, salvo para nuestro propio peligro. Dios demanda realidad. Es mucho mejor, aun mientras sintiendo que hay poca adoración, tomar el lugar justo, aunque bajo. Realmente, si hemos nacido de Dios, no podemos sino ser honestos. No debemos solamente ocupar el terreno justo; sino que también debemos estar en un estado justo sobre ese terreno.

Por tanto, como ya hemos observado, el hecho de estar allí, o no, la adoración en la reunión para adoración es una gran prueba, no sólo del estado del alma individual, sino generalmente de la asamblea. Una asamblea, donde el Espíritu Santo no es estorbado es, como podemos expresar esto, un instrumento muy sensible. Ella tendrá un pensamiento —el pensamiento del Espíritu, y percibirá lo que no es conforme a Su pensamiento. Sentirá la presencia de algo errado si el mal está presente, aunque éste esté oculto. El Señor a menudo envía la palabra de exhortación en tales ocasiones, pero exhortación no es adoración, aunque, es como la edificación, debiese guiar a ésta; edificación por medio del despliegue de los pensamientos de Dios; exhortación por guiar a las almas a un justo estado ante Dios.

Verdadero ministerio guía a la adoración

Frecuentemente se ha destacado que algunos que rodean habitualmente la mesa del Señor consideran la adoración como un estado de corazón que el ministerio produce en ellos. El ministerio afecta no sólo el pensamiento, sino también el corazón y la conciencia. Cuando escuchamos esto, percibimos un efecto producido dentro de nosotros; sin duda, cuando es de la más elevada forma, nos guía a ocuparnos con el Padre y el Hijo; y éste es el ministerio que guía a la adoración.

Pero, hablando generalmente, el ministerio es servicio a los santos, aunque a Cristo, también, en el sentido de servir a Su pueblo. El ministerio de Juan el bautista fue elevado al producir adoración cuando él expresó estas cinco breves palabras: "*He aquí el Cordero de Dios*". El efecto que ellas produjeron en los discípulos que las escucharon fue tal que ellos olvidaron a Juan y siguieron a Jesús. Los discípulos se ligaron al Señor y moraron con Él. Si moramos con Él, no podemos fallar en ser adoradores; sería imposible para nosotros estar cerca de Él y no desbordar en adoración a causa de Su amor. Mientras hemos sido llevados más cerca que aquellos que moraron con Él en aquel día, porque estamos en Aquel que está a la diestra de Dios. Hay un defecto en nuestras almas si no

podemos deleitarnos en Él.

Las almas débiles prefieren la edificación a la adoración

Pero volviéndonos de este elevado ministerio y pensando en el estado de alma de muchos, encontramos que hay creyentes que no valoran un tiempo solo de adoración tanto como el de edificación. Tomemos, por ejemplo, a aquellos que no están en el pleno goce de la libertad cristiana; estos preferirían lo que guía sus almas hacia esa libertad, aun si sólo fue una declaración del evangelio, antes que derramar el corazón a Cristo o al Padre.

Tal edificación los encontraría a ellos donde están, mientras la adoración estaría donde sus almas no están. La presencia de tales creyentes en las asambleas necesariamente afecta el carácter de la reunión, porque Dios el Espíritu Santo actúa en medio de nosotros de acuerdo con la realidad, y el fuerte debe soportar las debilidades del débil.

De esta manera, también, si las almas de estos presentes, que conocen la libertad cristiana, no están en comunión con Dios, y en consciente goce de esto, hay una barrera creada por el estado del alma al adorar. Tales almas estimarían el ministerio que tiene el efecto de apelar a sus corazones y conciencias y produce juicio propio. Estamos conscientes de cuán a menudo el corazón está, en una reunión, feliz de percibir dentro un proceso en acción por medio del cual algo que estorba la comunión es removido. Pero esta acción de la palabra al limpiar el alma no es adoración, aunque, si limpiada, el alma estará en una condición moral mejor para adorar. Aun así, se necesita más que limpieza. En vista a adorar, debe haber comunión con Dios, y para eso se requiere ser lleno con el Espíritu.

Recordemos que el Padre busca verdaderos adoradores, hombres no ocupados con un lugar (Juan 4), sino llenos con Cristo. Mientras muchos cristianos están ocupados con un "lugar" ya sea en la montaña, o esta ciudad "Jerusalén" y mientras otros son secados por el intelectualismo, puedan nuestras almas ser absorbidas con Cristo mismo, y desbordando con el amor del Padre, de modo que podamos ser, en espíritu y verdad, adoradores.

No hay verdadera adoración sin reverencia

Añadimos unas pocas palabras sobre lo que necesariamente acompaña una verdadera adoración en espíritu, es decir, la reverencia. La cercanía a Dios en la cual hemos sido introducidos, nuestro lugar de adoración se encuentra en el lugar santísimo, si comprendido en el poder del Espíritu, ciertamente llenará nuestras almas con reverencia y piadoso temor. No leemos de lugares sagrados de adoración para los cristianos en la Biblia; pero a pesar de la humildad de la localidad, donde dos o tres están reunidos al nombre del Señor, allí está Él en medio de ellos; y los discípulos de este modo reunidos están por tanto en el lugar más santo sobre la tierra, es decir, en Su presencia.

Y ciertamente, cuando el memorial de la muerte del Señor está sobre Su mesa, tenemos ante nosotros aquello que dominaría nuestras almas en una forma que ninguna influencia supersticiosa sobre aquellos que creen que en los emblemas se encuentra la verdadera presencia. Gozamos de la libertad cristiana, pero ésta es una santa libertad, y no debiese ser seguida por ningún libertinaje en pensamiento, palabra, o hecho.

Seriedad de conducta y la puntualidad

Aun la conducta del pueblo de Dios cuando está en presencia del Señor marca la realidad de su creencia que Él está entre ellos, y que el Espíritu Santo está guiando sus pensamientos. De este modo, también lo hace, su congregarse puntualmente, porque si creemos que el Señor está presente cuando comienza la reunión, no nos atreveríamos a adoptar el descuidado e irreverente hábito de llegar atrasados. Estos pueden ser llamados puntos menores; y si nuestra reverencia es sólo exterior, y se expresa solamente en la puntualidad y conducta, será de poco valor; pero cuando hay verdadera reverencia, estas materias menores ciertamente no serán descuidadas.

La mesa del Señor es el lugar más santo sobre la tierra, y realizando esto necesariamente evitaríamos conectarla con alguna forma de profanidad e irreverencia.

H. F. W.